



El Correo

Una ventana abierta al mundo

Enero 1972 (año XXV) - España: 26 pesetas

EN ESTE NUMERO

Alejo Carpentier
Alberto Moravia
Marshall McLuhan



1972
AÑO
DEL LIBRO



Foto © Babey, Basilea, Suiza

Lectores de Bagdad de hace siete siglos^o

TESOROS DEL ARTE MUNDIAL

Iraq

62

Esta ilustración de un manuscrito árabe del siglo XIII, *El Maqamat*, revela el respeto que rodeaba al libro en el mundo árabe. En Bagdad, capital de Iraq, había desde fines del siglo X dos academias y un centenar de bibliotecas en las cuales los estudiantes podían leer obras relativas a todas las disciplinas: lógica, derecho, geometría, astronomía, música, medicina, geografía, traducciones del griego, etc. *El Maqamat* es una colección de cuentos escritos en prosa rítmica por Al-Hariri (1054-1122), uno de los grandes maestros de la literatura árabe. La obra fue caligráfica e ilustrada a comienzos del siglo XIII por Ali Wasiti, el primer pintor árabe cuyo nombre ha llegado hasta nosotros. La ilustración que reproducimos está tomada del volumen *Education* de la colección "Man through his Art" que publica la Confederación Mundial de Organizaciones de Profesionales de la Enseñanza.

ENERO 1972
AÑO XXV

PUBLICADO EN 13 EDICIONES

Española	Norteamericana
Inglesa	Italiana
Francesa	Hindi
Rusa	Tamul
Alemana	Hebrea
Arabe	Persa
Japonesa	

Publicación mensual de la **UNESCO**
(Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura).

Venta y distribución
Unesco, Place de Fontenoy, París-7^o.

Tarifa de suscripción anual : 17 francos.
Bienal : 30 francos.
Número suelto : 1.70 francos; España : 26 pesetas.

★

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De EL CORREO DE LA UNESCO", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducir los artículos y las fotos deberá constar el nombre del autor. Por lo que respecta a las fotografías reproducibles, serán facilitadas por la Redacción siempre que el director de otra publicación las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción tres ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de la Redacción de la revista.

★

Redacción y Administración
Unesco, Place de Fontenoy, París-7^o

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Subjefe de Redacción
René Caloz

Asistente del Jefe de Redacción
Olga Rödel

Redactores Principales
Español : Francisco Fernández-Santos
Francés : Jane Albert Hesse
Inglés : Ronald Fenton
Ruso : Georgi Stetsenko

Alemán : Hans Rieben (Berna)
Arabe : Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)
Japonés : Hitoshi Taniguchi (Tokio)
Italiano : Maria Remiddi (Roma)
Hindi : Kartar Singh Duggal (Delhi)
Tamul : N.D. Sundaravadelevu (Madrás)
Hebreo : Alexander Peli (Jerusalén)
Persa : Fereydun Ardalan (Teherán)

Redactores
Español : Jorge Enrique Adoum
Inglés : Howard Brabyn
Francés : Nino Frank

Documentación : Zoé Allix

Ilustración : Anne-Marie Maillard

Composición gráfica
Robert Jacquemin

La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista.



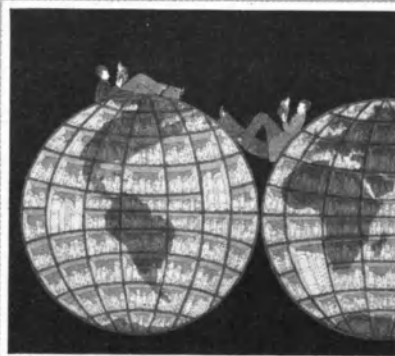
1972
Año
Internacional
del Libro

Página

4	LIBROS PARA TODOS <i>por René Maheu</i>
6	EL HAMBRE DE LEER <i>por Robert Escarpit</i>
13	LIBROS, TELEVISION, ELECTRONICA <i>por Lev I. Vladimirov</i>
16	EL PRETERIFUTURO DEL LIBRO <i>por Marshall McLuhan</i>
19	LA IMPRENTA NACIO EN CHINA VARIOS SIGLOS ANTES DE GUTENBERG
23	IMAGEN Y ESCRITURA <i>por Alberto Moravia</i>
24	ELOGIO Y REIVINDICACION DEL LIBRO <i>por Alejo Carpentier</i>
30	LOS LIBROS Y LA JUVENTUD EN EL TERCER MUNDO <i>por Y. V. Lakshmana Rao</i>
33	LATITUDES Y LONGITUDES
34	LOS LECTORES NOS ESCRIBEN
2	TESOROS DEL ARTE MUNDIAL Lectores de Bagdad de hace siete siglos (Iraq)

Nuestra portada

Dibujo realizado especialmente para El Correo de la Unesco por Coleman Cohen, París



"Libros para todos", reza el lema del Año Internacional del Libro que ha proclamado la Unesco y que se celebra en 1972. En lo que atañe a la producción de libros, existe un grave desequilibrio entre los países desarrollados y los países en vías de desarrollo. E incluso en aquellos bien provistos de librerías y de bibliotecas, es mucho lo que queda por hacer para que todos, absolutamente todos, puedan beneficiarse del inagotable tesoro que son los libros. A poner fin a semejante situación se endereza precisamente el programa internacional de la Unesco. El presente número es el primero que "El Correo de la Unesco" dedica este año al tema del libro.

Nº 1 - 1972 MC 71-2-273 E





1972

Año

Internacional
del Libro

¡LIBROS PARA TODOS!

por **René Maheu**

Director General
de la Unesco

AL iniciarse este año de 1972, que la Conferencia General de la Unesco proclamó por unanimidad Año Internacional del Libro, invito a todos los países del mundo a que, de acuerdo con sus recursos y sus necesidades, se asocien a esta vasta empresa y hagan suyo el lema que la preside: «Libros para todos».

En la preservación y la difusión de los conocimientos humanos, el documento escrito desempeña desde hace miles de años una función esencial. Lo mismo ocurre, desde hace varios siglos, con el documento impreso. En uno y otro los pueblos han encontrado los mejores aliados para dominar su pensamiento y para conquistar su libertad. Incluso algunas culturas que empezaron basándose en la comunicación mediante la voz o el gesto tienen que apoyarse en la comunicación escrita para sobrevivir y, con mayor motivo, para desarrollarse en el mundo moderno.

El libro, que es el instrumento de comunicación más seguro y manejable que se haya inventado jamás, es también el primero que permitió al pensamiento del hombre vencer al tiempo y, luego, al espacio. Desde hace un cuarto de siglo, el libro forma parte de la amplia gama de grandes medios de comunicación, entre los cuales es preciso asegurarle su lugar, su importancia y su función al servicio de la nueva comunidad humana, cuyas dimensiones, que son las del planeta entero, han hecho posible esos medios de comunicación.

Existe actualmente en el mundo una inmensa necesi-

dad de leer que, para una gran parte de la población del globo, constituye una verdadera hambre de lectura. Justamente ahora que la revolución sobrevenida en las técnicas de producción y de distribución editorial permite lanzar al mercado una cantidad creciente de obras de calidad y a costo relativamente bajo, los países en vías de desarrollo padecen una penuria de libros que no puede sino agravarse a medida que se generaliza la enseñanza.

Esos países, que no producen más que la quinta parte de los libros publicados en todo el mundo, sólo pueden tratar de satisfacer, y apenas parcialmente, por medio de los intercambios internacionales unas necesidades que no podrán colmar plenamente, a largo plazo, sino gracias a la creación de una industria editorial propia.

Si bien el programa mundial de la Unesco en favor de la promoción del libro tiende en particular a poner remedio al grave desequilibrio existente entre los países avanzados y los países en vías de desarrollo, el problema no se plantea simplemente en términos cuantitativos. ¿No es acaso tanto o más importante lograr que el libro, instrumento privilegiado del saber y de la reflexión, contribuya a la plenitud del individuo y al progreso de la sociedad y permita a todos apreciar las mejores creaciones del espíritu en el mundo

entero, sirviendo así a la comprensión entre los pueblos, que es la condición primordial para el establecimiento de una paz verdadera?

Incluso en los países que conocen un auge de la edición, el libro está todavía lejos de formar parte de la vida de todos. Mientras que esos países disponen, por lo general, de un sistema de distribución que permite llevar el libro al lector, la cuestión de cómo lograr que el lector vaya al libro sigue planteándose con mayor o menor gravedad en muchos de ellos, de lo cual testimonia la existencia de un porcentaje, a menudo elevado, de personas que no leen, fenómeno que han puesto de manifiesto diversas encuestas concordantes.

¿No ha llegado ya la hora de reexaminar en su conjunto los problemas de la edición a fin de que podamos poner a su servicio las técnicas electrónicas y audiovisuales, cuya influencia se ejerce con creciente vigor sobre el libro? Si es imposible aislar a éste de los demás grandes medios de información, ¿no es normal que revisemos a fondo el papel que desempeña en la sociedad?

A estudiar problemas de esta índole invita la Unesco a la comunidad mundial en este Año Internacional del Libro, con objeto de buscarles soluciones. Semejante tarea requiere evidentemente el activo concurso de los poderes públicos, pero también el de toda clase de instituciones, nacionales, regionales e internacionales, y el de los individuos.

Con tal fin deberá realizarse, en cada Estado Miembro, un esfuerzo encaminado a suscitar iniciativas concretas. Pero, además, se requerirá un amplio movimiento de cooperación internacional. Habida cuenta de las enormes necesidades de los países en vías de desarrollo, incumbe a los gobiernos y a los organismos que administran los programas de ayuda bilateral o multilateral la tarea de prestar a aquéllos la asistencia técnica y financiera que necesiten, particularmente en materia de producción y de distribución de libros.

Como es natural, en la realización del Año Internacional del Libro corresponde un papel de primer orden a las organizaciones de profesionales del libro —autores, editores, bibliotecarios y librerías—, que tan estrechamente vinculados han estado a su preparación y que una vez más han demostrado su solidaridad adoptando una «Carta del libro» elaborada de común acuerdo entre ellos.

Pero, ante todo, el Año Internacional del Libro es asunto que concierne al sinnúmero de aquellos para quienes el uso del libro —instrumento de trabajo, medio de formación personal o cauce para la evasión y el ensueño— es inseparable de la felicidad y de la dignidad del ser humano.

¡Que todos coaliguen sus esfuerzos a fin de que haya libros para todos!

«Joven leyendo, fondo rojo» de Pablo Picasso, óleo sobre madera (1953).

En el marco del Año Internacional del Libro, la Unesco va a publicar un estudio relativo a la situación del libro en el mundo actual, titulado El hambre de leer. Han escrito en parte ese estudio el profesor, escritor y crítico francés Robert Escarpit y en parte Ronald Barker, Secretario de la Asociación de Editores de Gran Bretaña. El artículo que a continuación publicamos es un texto resumido de dos de los capítulos redactados por el profesor Escarpit.

EL HAMBRE DE LEER

por Robert Escarpit

EN su libro *Mass media and national development* (Unesco, París, 1964), Wilbur Schramm describe dos familias de países en vías de desarrollo. Una es de África; en su seno la comunicación es intensa, pero sus miembros parecen ignorar cuanto ocurre a más de quince kilómetros de distancia. Uno de los hijos de esta familia asistió a la escuela, pero por falta de práctica —no existen ni periódicos ni libros— ha terminado olvidando los rudimentos de escritura y de lectura aprendidos.

La otra familia es asiática. Sus vínculos con el mundo exterior son más numerosos y más amplios que los de la otra familia, pero toda la estructura social y toda la psicología tradicional de los ancianos se oponen al establecimiento de verdaderos intercambios de ideas o de conocimientos con el mundo exterior, cuya existencia se conoce y, al mismo tiempo, se teme. La experiencia se elabora en el seno de la familia misma según una antigua sabiduría que desde hace siglos utiliza la expresión escrita pero sirviéndose

de ella para conservar, no para difundir, el pensamiento.

¿Qué sentido puede tener la idea de la lectura en ambos casos? Para la primera de las dos familias, la alfabetización y la escolarización conducen a un callejón sin salida. En último extremo, y a costa de grandes esfuerzos, se les puede enseñar a sus miembros a descifrar las letras, pero la lectura misma sólo se producirá cuando surja la necesidad de la comunicación en forma de un deseo de cambio. En la medida en que la lectura significa abrirse a los otros, reconstruir a partir de lo que ellos nos ofrecen, supone una búsqueda de la novedad. Para que la lectura tenga sentido, la voluntad de cambio debe imponerse.

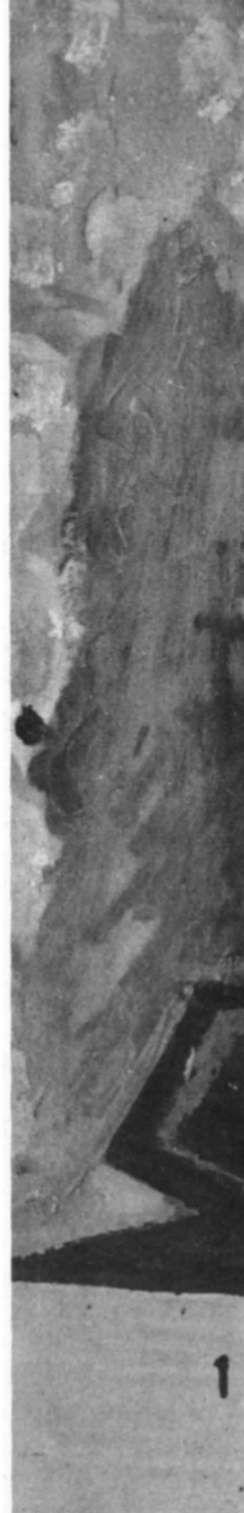
También en la segunda familia la voluntad de cambio debe constituir el motor y la razón de ser de la lectura. Pero lo probable es que en este caso revista la forma de un enfrentamiento entre generaciones y de un despertar de la conciencia política. La realización de la comunicación escrita dependerá entonces en gran medida de los movimientos de opinión, de la acción de las autoridades y de la iniciativa del aparato de producción y de distribución nacional o regional.

En uno y otro caso la hora de la lectura llega inevitablemente, pues sólo la lectura permite practicar de modo constante esa información «a voluntad» sobre cuya base cada individuo puede elaborarse un comportamiento y con-

solidar sus nuevas formas de pensamiento y de acción. Pero los cauces por los cuales van a imponerse esas nuevas formas de pensar y de obrar serán muy diferentes según las diversas situaciones y, consiguientemente, lo serán también los modos de inserción de la lectura en la vida social.

Es, pues, lógico que la noción de hábito de lectura, que no reviste ya el mismo significado en los casos a que acabamos de referirnos, tenga todavía otro sentido muy diferente cuando se trata del ciudadano de un país altamente desarrollado, educado desde niño en la comunicación escrita y habituado a recrear constantemente su información mediante la consulta de un texto escrito. Al no hallarse inserta en un proceso vital ni estar animada por una necesidad social o psicoló-

ROBERT ESCARPIT es profesor de literatura comparada de la Universidad de Burdeos (Francia), donde desempeña, además, el cargo de Director del Instituto de Literatura y Técnicas Artísticas de Masas. Historiador de la literatura y especialista en cuestiones relativas al libro, el profesor Escarpit colabora regularmente en el diario parisiense *Le Monde* con una columna que se caracteriza por su ingenio. La Unesco publicó en 1965 su obra *La revolución del libro* (véase *El Correo de la Unesco* de septiembre de 1965).





Colección Lady Bagrit, Londres © Kunstanstalt Max Jaffé, Viena - Spadem

gica, la lectura en una sociedad de gran consumo se convierte fácilmente, como ha mostrado el escritor inglés Richard Hoggart, Subdirector General de la Unesco para las Ciencias Sociales y la Cultura, en una actividad marginal, en un instrumento más bien que en un valor.

Dicho de otro modo, el «no leer» no tiene en modo alguno el mismo sentido para un hombre que vive en un mundo en el que la lectura es algo extraño y para otro cuya vida, aunque no siempre se dé cuenta de ello, entraña un sinnúmero de actos de lectura de todo tipo —periódicos, publicidad, formularios, instrucciones, etc.— entre los cuales la lectura de libros representa sólo un caso particular.

Una encuesta llevada a cabo en Italia en 1962 puso de manifiesto que,

de 400 personas pertenecientes a todas las capas sociales, 31 no habían leído nunca un libro y 129 habían dejado de leerlos, lo cual equivalía a un 40 por ciento de «no lectores». Según otra encuesta, en 1964 había en Hungría un 39,4 por ciento de «no lectores» en un total de 2.277 personas interrogadas. Por último, de la encuesta efectuada en Francia en 1967 por el Institut Français de l'Opinion Publique se desprende que existía un 53 por ciento de «no lectores» en una muestra de 6.865 personas adultas.

Ese porcentaje, que en aquel entonces impresionó fuertemente a la opinión francesa, no es sin embargo contradictorio —habida cuenta de las diferencias de método y criterio— con los resultados obtenidos en otros países. Cabe admitir que, incluso en los

países más desarrollados, una proporción bastante considerable de los habitantes que están en condiciones de leer no leen libros nunca o prácticamente nunca.

Por aparente paradoja, esta proporción es probablemente mayor en los países desarrollados, donde, al generalizarse la escolarización, el aprendizaje de la lectura se ha convertido en una obligación institucional, que en aquellos otros cuyos progresos en materia de alfabetización constituyen la medida misma del desarrollo y en los cuales todos los que saben leer se sienten especialmente impulsados a hacerlo.

En los Países Bajos, en donde la lectura está muy difundida, según una encuesta de 1960 en la que no se planteaba explícitamente la pregunta



Foto Serge de Sazo © Rapho, París

EL HAMBRE DE LEER (cont.)

sobre la «no lectura», el 40 por ciento de las personas interrogadas declararon que «no les gustaba leer». En cambio, en un sondeo efectuado en el Paquistán Oriental en 1963-1964 entre 145 familias de funcionarios del Estado de todas las categorías, sólo se pudieron descubrir 53 «no lectores» en un total de 488 personas de más de 12 años (el 10,9 por ciento).

El porcentaje de «no lectores» sería sin duda más alto todavía si solamente se tuvieran en cuenta a los adultos que han superado la edad de los estudios. El no leer no es un fenómeno de la juventud. En dos encuestas sobre la lectura de quienes hacen el servicio militar, efectuadas en Suiza en 1960 y en Francia en 1962-1963, se llegó a porcentajes de «no lectores» muy parecidos y notablemente bajos: 7 por ciento en Suiza y 8,9 por ciento en Francia.

Cabe encontrar una confirmación de ese hecho en la encuesta italiana anteriormente mencionada. De las 400 personas interrogadas, 160 eran «no lectores», pero 31 declararon que no habían practicado la lectura en toda su vida, y 129 dijeron, en cambio, que habían perdido la costumbre de leer.

Estos últimos fueron, por consiguiente, lectores en su juventud. Ahora bien, las 31 personas que no leían ni siquiera en su juventud representan precisamente el 7,5% de la muestra.

El verdadero problema de la «no lectura» se plantea, por consiguiente, en el plano de los adultos y especialmente de los adultos jóvenes que son más vulnerables que otras personas a la posibilidad de una recaída en el «analfabetismo técnico» que provoca el hecho de no practicar la lectura.

La fase de vulnerabilidad corresponde a edades variables y empieza más temprano cuando los estudios han sido más breves. En la encuesta efectuada entre los reclutas franceses se observó un 12,9 por ciento de «no lectores» entre quienes habían terminado sus estudios desde hacía más de 7 años en el momento de entrar en el cuartel; el porcentaje era, en cambio, nulo en el caso de los que habían terminado sus estudios desde hacía menos de dos años o que seguían estudiando.

Los estudiantes son siempre, con gran diferencia, los lectores más asiduos de libros, pero eso no quiere

decir que, una vez terminados los estudios, no vayan a tener más tarde, al igual que los demás, su crisis de vulnerabilidad. Existen incluso ciertos indicios que mueven a pensar que los profesionales superiores de origen universitario leen menos que los de categoría media. Esto se debe ciertamente al hecho de que aquéllos están sometidos, prácticamente sin límites, a las presiones de la vida moderna, al paso que éstos se sienten en general protegidos por una legislación que les ofrece unas posibilidades institucionalizadas de esparcimiento.

Ahora bien, la fragilidad de los hábitos de lectura obedece en primer término a causas más alejadas en el tiempo y que se remontan a la infancia preescolar. Probablemente durante esa época es cuando se adquieren las actitudes fundamentales ante el libro. Como se ha destacado con frecuencia, el niño que comienza a frecuentar el libro al iniciar su vida escolar tiende a asociar la práctica de la lectura con el mundo de la escuela, sobre todo cuando no la encuentra también en su medio familiar. Si la escolaridad es difícil o poco satisfactoria, esto puede entrañar una falta de apetencia



Foto © Paul Almesy, París

Se ha dicho que la circulación del libro en cantidades masivas constituye «probablemente el acontecimiento cultural más importante de la segunda mitad del siglo XX». Hoy día, el libro de bolsillo es un medio de difusión tanto de los clásicos de la literatura como de los manuales técnicos, los textos pedagógicos y las novelas populares. Y ya no se lo encuentra sólo en las librerías sino también en los supermercados y en las estaciones de servicio para automóviles, en los «drugstores» y en las pequeñas tiendas rurales. En las fotografías de la izquierda, un puesto de venta de libros de bolsillo en un supermercado francés y una librería de varios pisos en Bogotá. Precisamente en esta ciudad se ha creado recientemente, con el concurso de la Unesco, el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina.

por la lectura que se traducirá en un abandono total, una vez terminados los estudios.

Es, pues, extremadamente importante que el libro entre en la vida del niño antes de la edad escolar y que desde ese momento se inserte en sus juegos y en sus actividades cotidianas. El hecho de frecuentar los libros antes de su lectura es una garantía de solidez para ulteriores adquisiciones.

En cuanto termina la escolarización, empiezan a multiplicarse los obstáculos para la lectura, que son de muy diverso orden. Cabe sin embargo reducirlos a tres grandes grupos: están, en primer término, los de tipo físico, psicológico o social que se derivan del propio lector; en segundo lugar los que nacen de la estructura de producción y distribución de libros y, por último, aquellos otros que dependen del contenido mismo de la lectura y de su finalidad.

Entre los primeros, la falta de tiempo es en general la gran excusa que se alega para no leer. La mayoría de las veces, no es sino un modo de ocultar una alienación más profunda y multiforme. Cabe incluso dudar de que la lectura sea percibida verdaderamente

como un esparcimiento por la inmensa mayoría de los lectores, al menos en el mismo plano que el deporte o la televisión.

Conviene, sin embargo, tener en cuenta el equilibrio trabajo-esparcimiento por cuanto la fatiga es una de las causas más frecuentes de «no lectura». Pero también a este respecto hay que ser prudentes. Aunque es cierto que la fatiga física del trabajador manual o la «tensión» del intelectual constituyen efectivamente obstáculos al esfuerzo que entraña hasta la más anodina de las lecturas, se observa también que un número importante de personas (que ejercen sobre todo profesiones intelectuales) declaran a la vez que leen poco porque están cansados y que leen para descansar.

Cabe, pues, deducir que se requiere una cierta disponibilidad personal para practicar la lectura y que esa disponibilidad no depende solamente de los horarios y de las condiciones de trabajo sino del marco general de la existencia —vivienda, medio familiar, nivel de vida, seguridad de empleo, etc.—, y también que esa disponibilidad no basta por sí sola.

El carácter negativo de la asociación del libro con el trabajo escolar, antes citado, no es sino un caso particular de los numerosos estereotipos sociales que se oponen a la práctica de la lectura. Aunque la desconfianza —y por ende el desprecio— ancestral ante una ocupación que no moviliza ninguna de las cualidades viriles tradicionales se haya atenuado, matizado o cambiado en cuanto a la forma de expresarse, no por ello deja de estar latente en muchos ambientes.

Hay otros estereotipos culturales, más recientes, que tienden a realzar la importancia de la lectura pero que no siempre consiguen modificar fundamentalmente los antiguos comportamientos. Se suele aceptar en las encuestas que «leer es una buena cosa», «leer es útil», «leer es necesario», pero la persona interrogada tiende con frecuencia —a veces imputándose a sí mismo la responsabilidad— a considerarse como una excepción porque «no tiene tiempo», «tiene otras cosas que hacer» o, simplemente, porque concede preferencia a otras actividades.

Una de las causas principales de «no lectura» en los países desarrolla-

El libro, máquina admirable de comunicar

dos consiste en que, a pesar de los progresos de la educación y de la generalización de los estudios, el libro sigue siendo algo extraño para las masas. Dicho de otro modo, los progresos técnicos que tienen apenas cinco siglos de antigüedad y que, desde la invención y aplicación de la imprenta han permitido la masificación material del libro, no han ido acompañados, a ese mismo ritmo, por una evolución de la mentalidad colectiva.

Nuestras sociedades «letradas» conservan actitudes «pre-letradas». En parte —si bien solamente en parte— la eficacia de los medios audiovisuales no se debe a que sean modernos sino más bien a que recogen y despiertan antiguos comportamientos no olvidados del todo. De ahí puede surgir, por otro lado, un enriquecimiento si se logra que la lectura encaje con ese regreso a las fuentes, se acople a él y desempeñe el papel que le corresponde.

Y esto que es cierto aplicado a los países que cuentan con una antigua cultura escrita lo es mucho más en el

caso de los países en vías de desarrollo que han tenido acceso directamente a los medios audiovisuales. A pesar de lo que parece afirmar Marshall McLuhan, no es seguro que se hayan encendido ya todos los soles de la «galaxia Gutenberg».

HACIA 1970 la producción mundial de libros era de unos 500.000 títulos y de 7 a 8 mil millones de ejemplares al año, con un índice anual de crecimiento del 4%, más o menos, de los títulos, y de un 6% de los ejemplares. De 1950 a 1970 la producción total de títulos se ha multiplicado por dos y se ha triplicado la de ejemplares. En ese mismo plazo, si tomamos en consideración los adultos alfabetizados y los niños escolarizados, se ha duplicado sensiblemente la población lectora del mundo.

Así pues, el consumo individual de material impreso ha progresado ligeramente y cabe por ello afirmar que en la era de los grandes medios de comunicación no ha empeorado la situación del libro.

Es indudable que los medios audiovisuales de comunicación han venido a colmar bruscamente una demanda latente desde hacía varias generaciones y que esos medios experimentan en el momento actual una expansión brutal. Sería excesivo emparejar esa expansión inicial con la del medio impreso de comunicación que, en una parte importante del mundo, poseía ya de antiguo un lugar exclusivo. Por lo demás, en los países más desarrollados el índice de expansión de la radio, y ulteriormente de la televisión, tiende progresivamente a menguar y a igualarse con el del libro. (En 1967 el aumento del número de aparatos de televisión fue de un 5% en los Estados Unidos de América y de un 4% en el Reino Unido.)

El libro, inventado hace más de cuatro mil años, constituye una máquina admirable de comunicar en la cual los mensajes están en cifra y pueden ser reproducidos, multiplicados, llevados de un lado a otro y descifrados por quienquiera que tenga la clave, es decir, por todos los que saben leer.

De unos 500.000 libros publicados en 1969 en todo el mundo, cerca de 225.000, o sea el 45 por ciento, aparecieron en Europa (con excepción de la URSS), que abarca solamente el 13 por ciento de la población mundial. Hacia 1970, América Latina, África y Asia (incluida la República Popular de China pero sin contar al Japón) publicaban apenas el 19 por ciento de la producción mundial de libros, a pesar de que esos continentes representan el 50 por ciento de la población adulta alfabetizada y el 63 por ciento de la población escolar de todo el mundo. En la fotografía inferior, la «Casa de la Alfabetización» de Lucknow, en la India, centro educativo en el que desde 1953 se han formado 12.000 profesores y especialistas con destino a diversas campañas de alfabetización. La Unesco ha suministrado asistencia técnica a los países africanos para la producción de textos escolares. Abajo, a la derecha, una escuela rural en Beré (Chad) donde los niños aprenden a leer en cartillas editadas en África.

Foto Marilyn Silverstone © Magnum. Nueva York



A lo largo de los siglos, el afán de perfeccionamiento se ha centrado sobre todo en la forma del soporte —rollo, cuaderno, páginas encuadernadas—, en la materia —papiro, pergamino, papel— o en el procedimiento de reproducción —copia a mano, imprenta manual, imprenta mecánica, offset, etc.—. Gracias al libro de gran tirada y al periódico se había llegado en el siglo XIX a crear una red de comunicación que satisfacía las necesidades de la sociedad industrial.

Existía, como es lógico, una contrapartida. Para que la máquina pudiera funcionar era preciso popularizar la técnica de desciframiento. En todo el mundo occidental, el movimiento de alfabetización de las masas estuvo unido al desarrollo del libro y del periódico. Se trataba de una necesidad vital para que la mecánica social pudiera disponer de los circuitos de información que exigía su buen funcionamiento. Los progresos de la educación —escolarización y alfabetización— crearon a su vez nuevas necesidades. A principios del siglo XX, prácticamente toda la comunicación del mundo evolucionado pasaba a través del libro y del periódico.

Se produjo entonces un fenómeno de saturación, debido a la pesadez del aparato de distribución entre un público cuyo tamaño crecía sin cesar y a la lentitud relativa de las operaciones de cifrado y descifrado en un mundo en el cual la economía de tiempo resultaba una necesidad capital. La red de comunicación impresa, progresivamente saturada en la primera mitad del siglo XX, empezó a deteriorarse, provocando una crisis general de la edición.

Fue entonces cuando aparecieron

muy oportunamente los medios de comunicación audiovisuales que han asumido muy de prisa una gran parte de las funciones que desempeñaba el documento escrito y a las cuales no podía ya hacer frente. Ese relevo se produjo en primer término porque gracias a él se podía aprehender inmediatamente el acontecimiento, real o ficticio. La prensa quedó más directamente afectada que el libro, ya que su campo de acción es precisamente el de los sucesos. Y, exenta ya de la preocupación de ceñirse plenamente a la actualidad, buscó un nuevo equilibrio con la radiodifusión y la televisión en el comentario más minucioso o bien en la información más inmediata.

En el caso del libro, las consecuencias han tardado más en manifestarse porque son también más complejas. En lo tocante al contenido, es por ejemplo probable que en los años venideros se confirme cierto retroceso —o, por lo menos, cierta metamorfosis— de la literatura de imaginación. Y es que la literatura informativa —ensayo, reportaje, historia, vulgarización— se ajusta mejor a las necesidades de un público cuyos horizontes se han ensanchado de pronto.

El libro se ha transformado también en su aspecto material. Ya en los años inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial, pero sobre todo a partir de 1950, se esbozó una verdadera revolución del libro que incidió en las técnicas de fabricación y en los métodos de distribución y cuya consecuencia principal fue el advenimiento de lo que se ha llamado el «libro de bolsillo». El libro de bolsillo, producido en un número muy grande de ejemplares, se vende a un precio compatible con el poder adquisitivo

de las masas y es distribuido mediante un sistema de puntos de venta mucho más abarcador que el de la librería tradicional.

Gracias al libro de gran difusión, se han puesto inmensos tesoros de ciencia y de cultura al alcance de innumerables lectores que hasta ahora no habían tenido acceso a ellos. Por otra parte, se han reducido las barreras existentes entre los distintos tipos de producción intelectual. El libro de bolsillo difunde a la vez novelas populares, textos de enseñanza, obras clásicas y también manuales técnicos y trabajos de investigación.

No cabe ya, en nuestra época, separar el libro de las demás modalidades de comunicación. Mediante mil procedimientos distintos tales como las ilustraciones en color, el complemento de documentos visuales o sonoros, la publicación en entregas periódicas, tiene el libro una flexibilidad similar a la de los medios audiovisuales con los cuales ha trabado ya vínculos cada vez más numerosos y más estrechos.

Se observa en general que el desarrollo de la radiodifusión y, sobre todo, de la televisión entraña un aumento de la lectura y crea una demanda de libros directamente proporcional a la importancia de la red audiovisual.

Lo que caracteriza, en efecto, a los medios de comunicación audiovisuales utilizados actualmente es que el cifrado y descifrado de la información son en ellos casi totalmente automáticos y exigen en el receptor un mínimo de iniciativa. La respuesta del destinatario sólo tiene una importancia secundaria para el funcionamiento del sistema y su regreso hacia el emisor no está garantizado sino de un modo

SIGUE A LA VUELTA

Foto © Léon Herschtritt - Parimage, Paris



precario y marginal, si es que existe. Por otra parte, la cadencia de recepción y el orden de las secuencias cronológicas son determinados de modo definitivo, por lo que resulta difícil reestructurar el mensaje en el punto de llegada e integrarlo a un sistema de pensamiento autónomo.

Por esa razón, cuando se utilizan los medios audiovisuales con fines de enseñanza o para una comunicación de tipo artístico no cabe prescindir del soporte escrito: actas, informes, apuntes multicopiados, libros. La comunicación literal logra un equilibrio insustituible entre las exigencias de la difusión y las del *feedback*. Incluso multiplicada, la lectura sigue siendo un acto, frente a ese otro acto que es la escritura. No puede reducirse a un simple mecanismo de recepción: impone la iniciativa al receptor. Y en ese sentido constituye un factor de progreso.

Al perder su antiguo monopolio y liberarse con ello de su servidumbre, el libro ha pasado ahora a ser en cierto modo la base de la comunicación. Pero se trata de un libro nuevo.

En los países desarrollados de antiguo ha persistido ante el libro una actitud que data de la época en que era el instrumento de comunicación interna de una cultura esotérica reservada a la minoría que sabía leer. El libro se ha masificado irremisiblemente pero seguirá durante bastante tiempo prisionero de sus mitos y de sus leyendas.

En cambio, los países que han iniciado su desarrollo en los últimos decenios no necesitan, para hacer frente a las urgencias más inmediatas de la comunicación generalizada, dar ese rodeo del documento impreso. Al no estar trabados por unas situaciones preexistentes, por unos intereses adquiridos, por unas estructuras previas, pueden recurrir, según se lo van permitiendo sus medios materiales, a soluciones más adelantadas que los países que les precedieron en la vía del desarrollo.

Pero precisamente en la misma medida en que escogen el «atajo» audiovisual, les resulta tanto más urgente disponer lo antes posible del complemento del libro, que es el único que permite consolidar las adquisiciones y seguir progresando.

Y ahí es donde se plantean los verdaderos problemas. Debido a los esfuerzos que despliegan en materia de escolarización y de alfabetización, los países en vías de desarrollo consiguen montar poco a poco el dispositivo de recepción del libro pero les falta el de producción.

De ahí se desprende que la situación del libro en el mundo, considerándolo no ya globalmente sino por regiones, presenta un carácter de profunda desigualdad. Frente a una necesidad de lectura cada vez más generalizada, se advierten en el mundo zonas de abundancia, zonas de escasez y zonas de hambre. ■



A la izquierda, la Feria del Libro de la ciudad de Gorki, en el Alto Volga (URSS), con sus puestos de venta al aire libre. La Feria fue uno de los actos con que en 1970 se conmemoró el 75º aniversario de la ciudad (llamada antiguamente Nijni-Novgorod y cuna del novelista Máximo Gorki). En ese año, la producción de libros en la Unión Soviética ascendió a 1.309 millones de ejemplares, es decir, cerca del 16 por ciento de la producción mundial.

Foto © V. Voitenko - Tass, Moscú

LIBROS TELEVISION ELECTRONICA

por Lev Vladimirov

NADIE ignora las repercusiones que en la historia de la humanidad tuvo la invención de la imprenta. Lutero, el gran reformador, decía que la imprenta «había constituido, en cierto modo, la segunda redención de la especie humana —la redención del oscurantismo», y Sieyès afirmaba que «había transformado completamente el destino de Europa».

Como resultado de la invención de la imprenta, la producción mundial de libros aumentó de un siglo a otro a un ritmo vertiginoso. Si en Europa, durante medio siglo de arte tipográfico, es decir, hasta el año 1500, se imprimieron unos 30.000 títulos, lo que representaba naturalmente un gran aumento con respecto a la época del libro manuscrito, esa cantidad pasaba a ser de 250.000 en el siglo XVI.

En el siglo XIX la producción excedía de 7 millones de títulos; según los pronósticos más tímidos, durante el siglo XX será de más de 25 millones. En la U.R.S.S., sólo durante el año 1970 se editaron más ejemplares (1.309.600.000) que los de toda la producción mundial durante los primeros 150 años de historia del libro impreso en Europa.

Refiriéndose precisamente al carácter impetuoso de este incremento, algunos especialistas hablan de una «explosión» de la edición. Y, sin embargo, por muy paradójico que pueda parecer en nuestra época de auge del libro, no faltan augures para predecirnos catástrofes apocalípticas. A su entender el libro tradicional, como

los dinosaurios antes de su extinción, está viviendo la última fase de su desarrollo y prosperidad: el monopolio del papel impreso, en cuanto medio de transmisión masiva de información pertenece ya al pasado.

La causa de todo ello es que el cine, la radio, la televisión, los magnetófonos tradicionales y con video, las microcopias, la electrónica, la cibernética y otros notables inventos de nuestro siglo están haciendo irrupción en un terreno donde, hasta hace muy poco tiempo, el libro reinaba como soberano absoluto. Cabe recordar que, si bien la necesidad cada vez mayor de información impone hoy un aumento considerable del número de publicaciones de tipo tradicional, el «microlibro», perfeccionado mediante la reprografía y la fotocopia, y el «libro sonoro» se están desarrollando con éxito como complementos del libro impreso en papel.

Al definir las tendencias de la evolución del libro en nuestra época, son muchos los que se declaran defensores incondicionales del libro tradicional, rechazando todo fenómeno nuevo. Otros ven acercarse el momento de su muerte o, por lo menos, un decrecimiento progresivo de su importancia, una caída en el mercado del libro, etc. Pero ni los unos ni los otros tienen razón.

A tan sombrías predicciones se oponen algunas estadísticas categóricas, que dan fe del constante desarrollo de la edición en todo el mundo. Según los datos de que dispone la Unesco, la producción mundial de libros pasó de 285.000 títulos a 487.000 entre 1955 y 1968.

Pero el análisis de la relación que existe entre el volumen de la población de una región y su producción de libros muestra que, en esa esfera, subsisten en el mundo desigualdades impresionantes. La población de la Unión Soviética representa el 6,8 % de la población mundial y produce el 15 % de la edición total. Dispone así de más del doble de libros que el resto del mundo en su conjunto.

Los datos más recientes, recogidos por la Unesco, indican que en 1969 correspondió a Europa, América del Norte y la Unión Soviética el 75 % de la producción mundial de libros. Europa se atribuía el 45 % de los títulos aparecidos, aunque representa sólo el 13 % de la población del globo. En cambio, con el 56 % de la población mundial, a Asia correspondía sólo el 20 % a la producción de libros, a América del Sur el 2 % (con 5 % de lectores potenciales) y a África menos del 2 %, a pesar de que posee más del 10 % de los habitantes del planeta.

Para que la producción aumentara a más de cinco libros por habitante, habría que multiplicar por 20 la producción en África, por 12 en Asia y por 6 en América del Sur. Resolver el problema de la carencia de libros en esos continentes es uno de los aspectos principales de esa inmensa tarea que consiste en suprimir el atraso económico y cultural.

EN tales condiciones ¿es realmente posible hablar del «crepúsculo» de todo lo impreso y del fin de la era del libro?

Si estimamos que no se trata de un fenómeno de coyuntura, ¿cómo explicar de otro modo la disminución de la producción en Francia, que pasó de 19.289 títulos en 1966 a 18.646 en 1968, o en Italia, de 10.593 a 8.868, y el aumento de esa misma producción en Gran Bretaña de 28.789 a 31.372, así como en la República Federal de Alemania, donde pasó de 22.720 a 30.223?

Por supuesto que en los países desarrollados de Occidente, donde la edición ha logrado un nivel relativamente elevado, el incremento ulterior de la producción se efectúa con mayor lentitud que en los Estados que intensifican sus tentativas para desarrollar la economía (en Cuba, por ejemplo, la producción de libros aumentó en un 25 % entre 1966 y 1968, en Ceilán, en un 30 %, etc.), mientras que, incluso en los países desarro-

LEV VLADIMIROV es director de la Biblioteca Científica de la Universidad Nacional de Vilna (República Socialista Soviética de Lituania) y un eminente especialista soviético en cuestiones relacionadas con el libro y con la edición. De 1964 a 1970 fue director de la Biblioteca Dag Hammarskjöld de las Naciones Unidas, en Nueva York, y actualmente es secretario de la Comisión para la Formación Profesional de la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios. Lev Vladimirov ha escrito numerosos estudios y artículos sobre historia del libro, problemas de la bibliografía y organización de bibliotecas.

Una fuerza indestructible en constante renovación

llados, la edición está lejos de haber alcanzado su máxima expansión y no consigue, ni con mucho, satisfacer la demanda.

Los éxitos futuros de la humanidad en el terreno de la instrucción constituyen uno de los factores determinantes de la extensión del mercado del libro. ¿Cómo hablar de saturación de éste cuando, según los datos recogidos por la Unesco, 800 millones de adultos de un total de 2.225 millones son todavía analfabetos? Se trata de una «tierra virgen» que habrá que cultivar en el futuro, y ello será posible principalmente con la ayuda del libro.

Caracteriza a nuestro siglo la multiplicidad de vías de difusión de la información y de la cultura. Pero, al mismo tiempo, semejante abundancia suscita problemas y desequilibrios, sobre todo si el desarrollo de una de esas vías se efectúa en detrimento de las otras, a las que «asfixia».

No pretendo en modo alguno poner en duda el gran valor cultural de la radio y de la televisión, particularmente en los países en vías de desarrollo. En ellos, qué duda cabe, ni los libros ni la prensa podrán, durante mucho tiempo aún, convertirse en medios de información en escala nacional, dado que una gran parte de la población, que puede llegar hasta el 95%, es analfabeta. El periódico, la revista, y yo diría también el libro, sólo pueden ser útiles para una selecta y privilegiada minoría. En cambio, la radio y la televisión constituyen los medios de información propios para las masas.

DE todos modos, en los países en vías de desarrollo el libro no hará sino crecer en importancia a medida que la enseñanza primaria se vaya extendiendo y que ascienda el nivel de la demanda. Los libros son los cimientos en que se basa la cultura de una nación. Los otros grandes medios de comunicación, aunque sean tan avanzados como la televisión, son sólo medios auxiliares de la evolución cultural.

El Director de la Asociación Nacional del Libro en Inglaterra, J.E. Morpurgo, en un discurso pronunciado en 1968 ante el Consejo General de la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios, decía que las amenazas que se ciernen sobre el libro «desde el exterior» no le inquietaban demasiado: «En el curso de mi vida, he oído decir en cinco oportunidades que la era del libro había terminado.»

«La primera vez, cuando nació el cine mudo, se pensó que el hecho de salvar la vida a Pearl White y a Teda Bara sacándolas de debajo de las ruedas de un tren equivalía a tanto

como dar muerte al libro. Más tarde, al agradable y apenas audible tintinear del piano se agregó el sonido, y de nuevo se pensó que Hollywood había truncado las perspectivas del desarrollo de la edición. En un momento ulterior, junto con la película hablada llegó la radio; la distracción y la información entraban así libremente en todas las casas. Se estimó que ello acabaría con la posibilidad y el deseo de leer. Y, en los últimos tiempos, han nacido los dos rivales más serios de la edición: la televisión y la cibernética...»

«Y, sin embargo, el libro ha sobrevivido», observa J.E. Morpurgo. ¿Cómo es posible esto? ¿Qué nos autoriza a afirmar que, pese al desarrollo de otros medios eficaces de comunicación intelectual, el libro tradicional no sólo ha de sobrevivir sin perder su función como «uno de los más importantes factores del progreso humano», sino que ampliará esa función en el futuro?

Ante todo, el hecho de que ninguno de los nuevos medios técnicos se halla en condiciones de sustituir totalmente al libro como fuente de información. La radio y la televisión son procedimientos de «información instantánea»; es decir, su acción cesa en el momento en que termina la emisión. El libro es un medio de información constante, representa una enorme reserva a la que en cualquier momento se puede recurrir para obtener la cantidad y el tipo de información realmente necesarios.

De acuerdo con los estudios realizados al respecto las posibilidades de los diversos procedimientos de comunicación difieren considerablemente según sea el carácter y el grado de complejidad de la información. Cuando ésta es sencilla, las mejores condiciones para recibirla son las de tipo verbal (incluidas la radio y la televisión como medios de transmisión). La combinación del sonido y de la imagen da los mejores resultados posibles cuando se trata de exponer una información de cierta complejidad. Pero cuando la información es sumamente compleja, sólo la página impresa, acompañada de ilustraciones, resulta verdaderamente eficaz.

Además, el libro normal no necesita ningún aparato emisor o reproductor, indispensable para el empleo del «libro sonoro» o del «microlibro». Es igualmente importante comprobar que la lectura constituye un proceso de asimilación de la información mucho más rápido que el de la audición (aun sin contar con el nuevo método de lectura acelerada). También conviene tener en cuenta el aspecto estético. Pensemos en el placer que nos proporciona leer un libro que sea al mismo tiempo una obra de arte gráfico de alta calidad.

El progreso técnico ha permitido una expansión tal de la edición que, en ciertos aspectos, la humanidad se halla hoy en la situación del aprendiz de brujo de Goethe que sabía invocar los espíritus pero era incapaz de dominarlos. Las bibliotecas fueron las primeras en tropezar con esta avalancha de ediciones, que asume proporciones catastróficas, y con todos los problemas que de ella se derivan.

En 1944, Fremont Rider, Director de la Biblioteca de la Universidad de Wesley (EUA), señalaba ese peligro: «La biblioteca de la Universidad de Yale —escribía— poseerá en el año 2040 casi 200 millones de volúmenes, que ocuparán más de 10.000 km de estanterías. Su colección de cartas geográficas, si ese tipo de catálogo se conserva, se compondrá de unos 750.000 casilleros, es decir una superficie superior a las 32 hectáreas. Cada año entrarán 12 millones de nuevos volúmenes y para incorporarlos en los registros harán falta casi 6.000 personas.»

ES probable que Rider exagerara un poco, pero ello no disminuye la gravedad del problema, aun cuando el ritmo de aumento de los fondos fuera dos veces menor. La única solución prevista por Rider era la de la microcopia. En la actualidad se la emplea ampliamente en las bibliotecas.

La Biblioteca Dag Hammarskjöld de Nueva York conserva sus fondos de prensa únicamente en forma de reproducciones en microfilm, y en 1969 se empezó a microcopiar los documentos de las Naciones Unidas. La mayoría de las bibliotecas científicas y especializadas han adoptado también el sistema del microlibro. Ello permite resolver el problema crucial de la acumulación excesiva, prolonga la vida de las publicaciones editadas en papel ordinario, ofrece la posibilidad de completar los fondos con ediciones únicas, reduce los gastos de expedición en las suscripciones interbibliotecarias y presenta muchas otras ventajas.

Y, sin embargo, tengo la profunda convicción de que «el problema número uno» no radica en la «superpoblación editorial», sino más bien en el hecho de que la humanidad está más que saturada de información científica y técnica. El académico soviético A.N. Nesmeianov ha demostrado de manera concluyente, tomando la química como ejemplo, la enorme complejidad del problema que plantea el aumento de la información:

«Según datos aproximativos, aparecen en el mundo casi 10.000 títulos de revistas que interesan a los qui-



Foto © André Kertész, Nueva York

Si se quiere que los libros estén a la disposición de todos, es imprescindible acrecentar los fondos de las bibliotecas públicas, multiplicar su número y mejorar su organización. En esta esfera, la Unesco no ha dejado de incrementar sus actividades en los últimos veinticinco años, particularmente en lo que se refiere a la formación de bibliotecarios. Con tal fin ha creado becas de estudio, ha organizado seminarios y cursos especiales, ha establecido centros de formación en Dakar (Senegal) y en Kampala (Uganda) e instituciones experimentales como la biblioteca pública de Nueva Delhi (India) y las de Nigeria, Costa de Marfil y Colombia. La fotografía nos muestra al señor Julien Cain, presidente del Comité Nacional Francés del Año Internacional del Libro y presidente de la Comisión Nacional Francesa de la Unesco, quien ha sido durante 34 años administrador general de la Biblioteca Nacional de París.

micos. Cada año, esas revistas mencionan por lo menos 200.000 publicaciones de química o de tecnología relativas a esa disciplina. Además, se publican en el mundo 5.000 libros y más de 30.000 patentes relativos, al menos en parte, a la química... Si un químico... empezara a leer el 1º de enero... todas las publicaciones que aparecen durante el año y que presentan para él un interés profesional, a razón de 40 horas por semana y a la velocidad de cuatro publicaciones por hora, el 31 de diciembre sólo habría llegado a conocer la veintava parte del total.»

Únicamente la calculadora electrónica puede resolver los problemas extraordinariamente complejos de la organización de las bibliotecas. En mi calidad de Director de la Biblioteca de las Naciones Unidas de Nueva York, me ha sido posible comprobarlo personalmente: sólo con la ayuda de la computadora se pudo resolver el problema, hasta ese momento insoluble, de establecer repertorios de toda la masa de documentos y publicaciones de las Naciones Unidas.

Sin embargo, después de haber comprendido claramente la capacidad y las posibilidades de la técnica electrónica, no puedo compartir la opinión de quienes, sin tener en cuenta para nada la realidad, proclaman que la biblioteca del futuro será una biblioteca sin libros e incluso sin bibliotecarios.

Se dice, por ejemplo, que la biblioteca estará llena de gente, y no de libros, ya que éstos no se conservarán en su forma tradicional. O bien que la biblioteca se parecerá a un laboratorio con mesas de control, en lugar de mesas para los lectores, con dictáfonos que servirán para los pedidos de documentos o de información, con mecanismos de distribución que permitirán encaminarlos hacia el pupitre del lector, con pantallas individuales o dictáfonos electrónicos que ofrecerán la posibilidad de consultar los documentos buscados, e incluso con botones para su traducción instantánea si el lector no conoce la lengua en que están redactados.

En las bibliotecas científicas y especializadas es indiscutible que la fun-

ción del libro tradicional perderá la importancia que habrán de adquirir a su vez otras fuentes de información.

A pesar de ello, el libro tradicional desempeñará también un papel de cierta importancia en el proceso tecnológico de esas «fábricas de información». Pero en las bibliotecas culturales y educativas ejercerá sin duda alguna, como en el pasado, una función determinante.

En un alegato apasionado contra los escépticos que anunciaban la desaparición del libro en la era del progreso técnico, Stefan Zweig escribía: «Hasta hoy, ninguna fuente de energía ha logrado difundir una luz semejante a la que a veces emana de un pequeño volumen. Una fuerza indestructible y en constante renovación, fuera del tiempo, la más concentrada y en la forma más completa y más variada: eso es el libro. ¿Qué puede la técnica contra semejante fuerza? ¿No es acaso gracias a los libros como la técnica se perfecciona y difunde? En todas partes, el libro es el ABC de todo saber, el origen esencial de todas las ciencias.» ■

Marshall McLuhan se ha hecho célebre en el mundo entero, principalmente con su obra *La galaxia Gutenberg*, por haber anunciado como una de las grandes mutaciones de la sociedad moderna la decadencia del lenguaje escrito y el predominio del lenguaje audiovisual. Con ocasión del Año Internacional del Libro, el pensador canadiense expone su criterio en este artículo, escrito especialmente para *El Correo de la Unesco*. Hemos solicitado asimismo a los grandes escritores Alberto Moravia, de Italia, y Alejo Carpentier, de Cuba, que expongan a nuestros lectores sus reflexiones respecto al destino del libro en el mundo de hoy (véanse los artículos de las páginas 23 y 24). Publicamos, además, en este número (página 30) un trabajo de Y. V. Lakshmana Rao, eminente especialista hindú en medios de comunicación, quien estudia los mismos problemas desde el punto de vista de los países en vías de desarrollo.

por Marshall MacLuhan

Copyright © McLuhan Associates Limited, 1972.
Prohibida la reproducción.

CUANDO Gutenberg transformó el manuscrito en un bloque uniforme y repetible, puso fin al reinado de la filosofía escolástica oral y estableció la manera de recuperar el mundo de los autores paganos. Toda tecnología nueva anula aquella que la precede y restaura a la vez una experiencia mucho más antigua.

Al mismo tiempo que la nueva intensidad de las palabras, consideradas como objetos visuales, comenzaba a reemplazar la antigua base oral, las palabras se convertían en valores visuales con un nuevo sentido «objetivo». El mundo de la resonancia y de la profundidad en distintos niveles, que caracterizó a las estructuras verbales y en el que se fundaba la exégesis de las Sagradas Escrituras y del Libro de la Naturaleza, quedó súbitamente silenciado por el gran peso que adquirió lo visual. Nuevas formas de dominio racional sustituyeron a la antigua resonancia que tenía afinidades con la magia y la metamorfosis.

Así, en la *Utopía* de Tomás Moro, de 1512, Hytlodaye comenta la decadencia de la filosofía escolástica como forma oral, distinguiéndola de las nuevas formas de discurso que habían aparecido con el descubrimiento de los escritores antiguos:

«Vuestra filosofía escolástica no es desagradable en la comunicación entre amigos, pero en los consejos de reyes, donde grandes problemas deben ser debatidos y tratados con gran autoridad, esas cuestiones están fuera de propósito... puesto que la filosofía especulativa considera que todo es apropiado en cualquier circunstancia. Existe otra filosofía que es más cortés, que sabe, como decís vosotros, cuál es su sitio y que consecuentemente se organiza y se controla en el papel que le

corresponde y lo desempeña debidamente con gracia.»

Evidentemente, la filosofía escolástica era una forma de discurso que no convenía a la nueva era. Estaba condenada a periclitarse y no a causa de su contenido o de su significado, sino porque era una discusión insustancial y anecdótica, que se ocupaba de cualquier asunto en cualquier momento.

En la comunicación entre amigos es natural interrumpir e introducir observaciones en cualquier punto de la conversación. En ese tipo de intercambio oral se proponen simultáneamente numerosas opiniones sobre cualquier tema. Este es considerado desde diversos ángulos: gracias a la memoria, las ideas y nociones tradicionales relativas al tema están en la punta de la lengua de cada uno de los integrantes del grupo íntimo.

Esta forma oral supone el enciclopedismo y no la especialización. La especialización se desarrolló con el advenimiento de la imprenta, puesto que el lector individual, mediante un esfuerzo solitario, puede deslizarse con gran rapidez por las amplias vías de la impresión en serie, sin necesidad de la compañía ni de los comentarios de un grupo de personas que aprenden juntos o que discuten con él.

En sus estudios sobre el siglo XVIII, Christopher Wordsworth señala que las pruebas escritas se introdujeron en Cambridge cuando los examinadores advirtieron que les era imposible seguir el ritmo de las lecturas y estudios de sus alumnos. A medida que bajaba el precio de los libros, los estudiantes más listos y diligentes descubrieron que podían adquirir conocimientos por su propia cuenta, en tanto que las generaciones precedentes habían dependido de la enseñanza oral.

Hoy día, después de haber avanzado tanto en la era eléctrica, el imperio de la relación visual entre las cosas y el de la medición cuantificada han cedido ante la realidad de la física cuántica, en la cual la relación de los sucesos se efectúa por medio del «intervalo de resonancia» de Heisenberg y Linus Pauling. Con el advenimiento del telégrafo y el teléfono, de la radio y la televisión como servicios corrientes, se han estable-

cido relaciones totalmente nuevas entre el objeto y su representación. En la ciencia y la novela, en el arte y la política, la participación del público en todos los aspectos del proceso social se ha convertido en un hecho indiscutible.

En lo que concierne al libro, la manera y los medios de participación del lector en cuanto coautor y del público en cuanto actor corresponde a lo que fue la forma simbólica o discontinua en la poesía y la pintura, en la música, en la prensa periódica, la novela y el teatro. El mosaico o «collage», inevitable en el periodismo que se basa en las informaciones telegráficas, por ejemplo, nos presenta al mundo entero en una fecha dada y ofrenda el público mundial como un holocausto cotidiano de participación ritual en la fabricación de las informaciones.

CON la aparición de los medios eléctricos de información, las formas del discurso y de la organización social, que antiguamente estaban coordinadas entre sí, han sido progresivamente suplantadas por sistemas descentralizados y discontinuos. El mercado, que constituía la imagen visible de la producción industrial, se ha vuelto cada vez más transparente a medida que la información y el crédito sustitúan al dinero efectivo y al oro.

La imprenta volvió «anticuada» la escritura, pero actualmente se escribe mucho más que antes de la imprenta. El desuso no significa extinción, sino la matriz necesaria para la innovación; por tanto, la escritura ha cobrado auge en muchas formas nuevas, entre ellas la dactilografía. Y así como la información que suministra el libro impreso ha sido sobrepasada por la fotografía, el cine y la televisión, en el libro se ha producido un proceso de hibridación constante con otras formas de la imagen visual que nos proporcionan numerosas formas nuevas de arte.

Paradójicamente, el libro de bolsillo ha creado una revolución en los hábitos de lectura que ha acabado con muchas de las distinciones tradicionales entre intelectuales e incultos.

MARSHALL McLUHAN es director del Centro de Cultura y de Tecnología de la Universidad de Toronto (Canadá). Es asimismo titular de la cátedra Albert Einstein de la Universidad Fordham de Nueva York. Entre sus obras traducidas al castellano figuran *La Galaxia Gutenberg* (Editorial Aguilar, Madrid), *La comprensión de los medios* (Editorial Diana, México) y *El aula sin muros: Investigaciones sobre técnicas de comunicación* (Ed. Popular, Barcelona).

EL PRETERIFUTURO DEL LIBRO



Foto © «Le Surréalisme», Paris

En una época como la nuestra, de predominio de la televisión, la radio y el cine, «la nueva interdependencia de los medios electrónicos —dice Marshall McLuhan— recrea el mundo bajo la forma de una aldea planetaria». Se diría que este cuadro de Salvador Dalí, titulado Rostro paranoico (que verticalmente es un rostro y horizontalmente un grupo de aldeanos), expresa esa mutación del mundo de hoy.

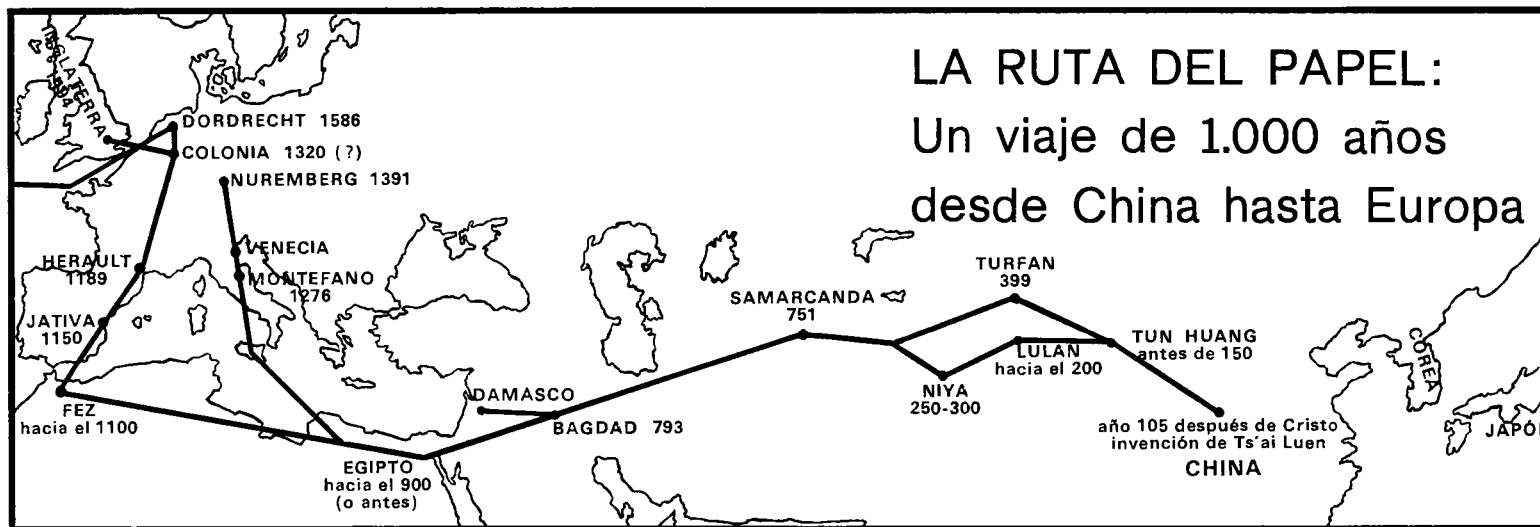


Foto © British Museum, Londres

El primer libro impreso que se conoce (arriba) lleva por título «Sutra del Diamante». Se trata de un texto budista que se imprimió en el año 868 de nuestra era. Fue descubierto en 1907 en un aposento secreto tapiado en el interior de una gruta de Tun Huang (en el extremo noroccidental de China), entre los 15.000 libros manuscritos de la célebre biblioteca de Tun Huang que allí se habían ido depositando desde hacia 900 años, es decir, un siglo antes de que el papel hiciera su aparición en Europa. El «Sutra del Diamante», impreso por Wang Chieh, está compuesto por siete hojas unidas entre sí que forman un rollo de 4,90 metros de largo por 30 centímetros de alto. Este libro, que se ha conservado en perfectas condiciones, constituye una hazaña técnica posibilitada por una larga evolución. A la derecha, antiguos caracteres tipográficos móviles fundidos en Corea, semejantes a los que aparecieron por primera vez en ese país a comienzos del siglo XV.



Foto American Museum of Natural History, Nueva York



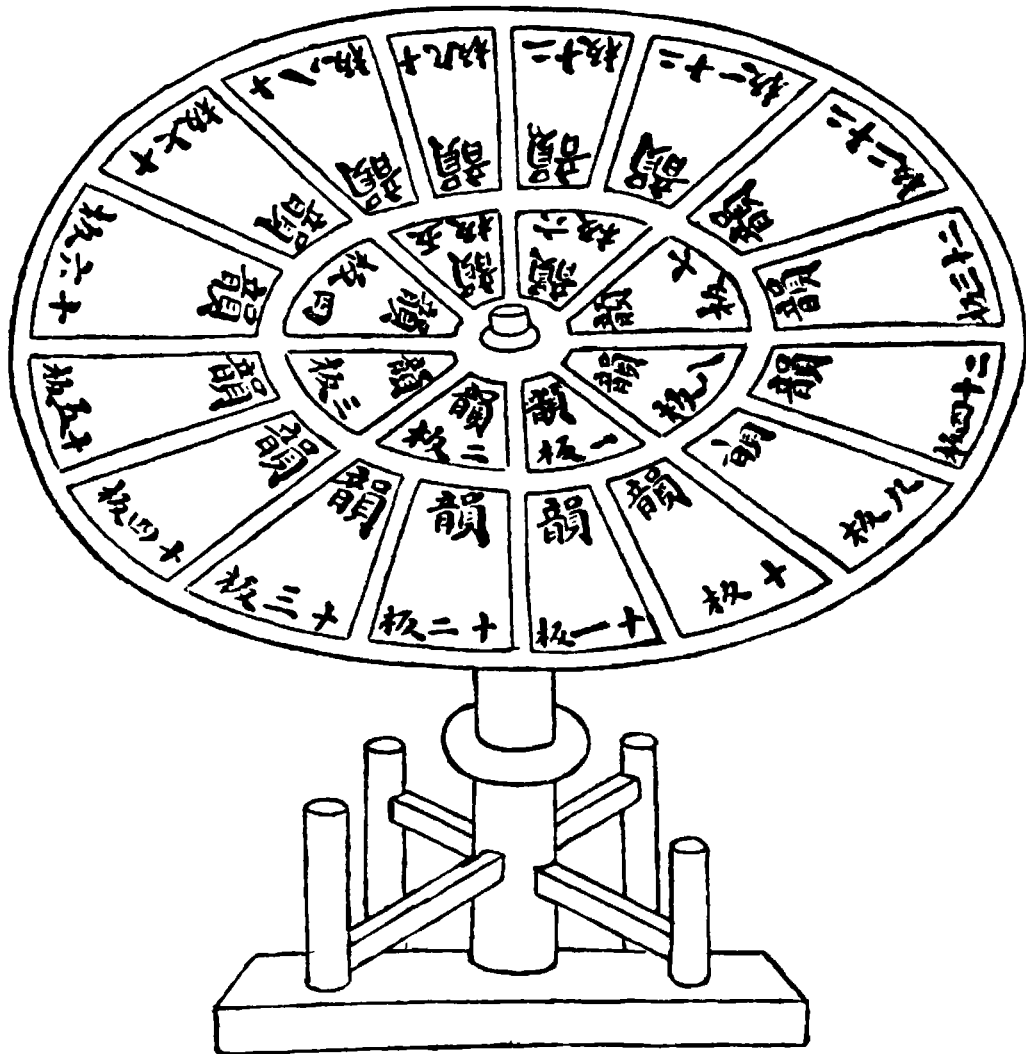
Mapa © tomado de *The invention of printing in China and its spread* de Thomas Francis Carter, Columbia University Press, Nueva York

18 Este mapa muestra la expansión de la fabricación del papel hacia Occidente desde su invención en China en el año 105 de nuestra era hasta su implantación en Europa mil años después. Las cifras indicadas junto a las principales etapas de este itinerario representan las fechas en que se inició la manufactura del papel en los diversos lugares. A la derecha, grabado que representa un taller de fabricación de papel en China; las hojas se ponen a secar verticalmente. Para producir los primeros papeles, en los

albores de nuestra era, se utilizaba corteza de morera, fibras de cáñamo y trapos viejos. Sin embargo, ya mucho antes, empleábase en China una materia totalmente nueva, antecesora del papel, que se obtenía a partir de una pasta de trapos de seda cocidos. Pero como este procedimiento resultaba demasiado caro para permitir una amplia difusión, los chinos acabaron por inventar el verdadero papel.

LA IMPRENTA NACIO EN CHINA VARIOS SIGLOS ANTES DE GUTENBERG

No fue en Europa sino en China, y muchos siglos antes, donde se inventaron el papel, la imprenta y los caracteres tipográficos móviles. El libro impreso más antiguo que se haya encontrado data del año 868 y fue editado en China por Wang Chieh, que viene así a ser el primer impresor de que se tenga noticia. Ese libro, que es un texto budista, fue impreso mediante el procedimiento de la xilografía, consistente en reproducir cada página mediante una plancha de madera grabada. El gran florecimiento de la imprenta se debió en el siglo X a Fens Tao, cuyo nombre es tan conocido en Oriente como el de Gutenberg en Europa. En cuanto a la impresión tipográfica propiamente dicha, que utiliza los caracteres móviles y que valió la gloria a Gutenberg, a Coster y a otros europeos del siglo XV, fue inventada cuatro siglos antes, hacia el año 1045, por un chino llamado Pi-Sheng, el cual fabricaba esa clase de caracteres con arcilla que endurecía sometiéndola al fuego. Poco después, los chinos emplearon caracteres móviles hechos de estaño, madera, bronce, etc. Corea y Japón los utilizaron ampliamente: se sabe de un decreto del rey de Corea Tai Tiong, fechado en 1403, por el que se ordena grabar en cobre las caracteres del alfabeto coreano, más sencillo que el chino, para la reproducción de textos. Cuando la imprenta apareció en Occidente, ya se habían realizado por lo menos tres fundiciones por cuenta de la corte de Corea. Si a esto se agrega que el papel, inventado por Ts'ai Luan en el año 105 de nuestra era, se fabricaba en China más de mil años antes de que fuera conocido en Occidente, fácil es advertir cuánto le debe a ese país la historia del libro.



Esta mesa giratoria fue construida en China por Pi-Sheng para clasificar los tipos móviles que había inventado hacia el año 1045. Los caracteres tipográficos chinos estaban distribuidos en 24 cajetines, ocho en el centro y dieciséis en la periferia. La mesa, de madera liviana, tenía 2,15 metros de diámetro. Para componer el texto, el tipógrafo se sentaba entre dos mesas que hacía girar para alcanzar fácilmente los caracteres deseados. Esa mesa de trabajo fue descrita en 1314 por el impresor chino Wang Cheng, que escribió una historia de los caracteres móviles chinos.

Dibujo tomado de *Science and Civilisation in China*, de Joseph Needham, University Press, Cambridge, 1965.



Foto Colección Boelwitz

A la derecha, un viejo naipe encontrado cerca de Turfán, en la provincia de Sin-Kiang, al nordeste de China. Mide 9,5 centímetros por 3,5 y fue impreso hacia el año 1400. Los naipes derivan, probablemente, del juego de dados. La transición de unos a otros coincide precisamente con la del rollo manuscrito al libro encuadernado, a fines del siglo X.



Foto © Museum für Völkerkunde, Viena

Tal revolución parece basarse en la simple sustitución del cosido por la encoladura en la encuadernación.

La xerografía y la transmisión de imágenes en punteado microscópico han salvado la distancia que existe entre el mundo escrito y el mundo oral. A menudo se ha señalado que una persona sumamente ilustrada es aquella a quien se ha leído en voz alta cuando era niño.

En una época en que la xerografía y las técnicas electrónicas que simulan la palabra impresa invaden el mundo del libro, ¿no sería adecuado intercambiar algunas observaciones sobre el pasado, el presente y el futuro del libro? En cierto sentido, es posible hablar del libro como parte de una tecnología de «servicios de material». Actualmente, los especialistas en computadoras consideran su función como «servicios de personal». Evidentemente, los servicios de material tienen un carácter muy distinto al de los servicios de personal.

Eric Havelock, en su *Preface to Plato*, analiza la transición que se produjo en Grecia de una tradición oral a una escrita. La obra *Singer of Tales*, de Albert Lord, es una especie de complemento del libro de Havelock en la medida en que define las características de la tradición oral en relación con la literatura. *The Two-Edged Sword*, de John MacKenzie, traza una dicotomía similar en el mundo de las Sagradas Escrituras.

La historia narrada oralmente tiene un carácter diferente de la historia escrita o la literatura. En Homero no hay cronología, ni perspectiva ni retrospectión. En él todo es *actual*. Es oral, y es también eléctrico. En nuestra época, el acceso a la tradición oral por intermedio de la antropología nos ha inducido a revisar a fondo nuestra imagen y nuestra definición de la «cultura». En su volumen *Histoire de la Propagande*, Jacques Ellul, después de considerar diversas definiciones posibles de la propaganda, concluye diciendo que es la totalidad de la cultura en acción, aquello que los griegos llamaban «perivallo», es decir un ataque simultáneo por todas partes.

Los esposos Opie, en su obra *The Lore and Language of School Children*, han estudiado la asombrosa persistencia y homogeneidad de los juegos, bromas y chanzas de los niños, trátase de los de Belfast, Melbourne, Nueva York, Toronto o Liverpool. La cultura oral de la que se han ocupado está integrada por cuestiones que sólo los niños enseñan a los niños, y no se trata de las canciones o cuentos infantiles que les enseñan los adultos. Resulta, paradójicamente, que la cultura oral es estable y conservadora, en tanto que la palabra escrita está sujeta a la moda y a variaciones. En mi libro *La Galaxia Gutenberg* se habla extensamente de estas cuestiones. Por ejemplo, la gramática «correcta» comienza con la palabra

escrita. Nadie ha cometido jamás un error gramatical en una cultura oral, así como nunca se ha sabido que un niño de hoy cometa errores en una frase dialectal.

El literato es poco adicto a considerar la totalidad del medio como cultura y trata de especializar su atención en modos visuales sumamente concretos. En nuestro intento de estudiar el futuro del libro, no será en absoluto equivocado remitirnos a *The Dunciad*, de Pope, quien, al concluir su poema, consideraba que la plétora de papel y de impresos de su época parecía haber borrado toda cultura sería y toda tradición:

¡Es en vano, es en vano! La Hora decisiva
[Ilega
ineluctablemente: la Musa cede ante la
[Fuerza
¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡El enlutado Trono
[atisba

la *Noche* primitiva y el antiguo *Caos*!
Las nubes de oro de la *Imaginación* se
[disipan ante ella
y sus cambiantes Arcoiris se desvanecen
[todos.

El *Ingenio* lanza en vano sus fuegos
[pasajeros,
el meteoro cae y expira en un relámpago.
Una a una, a los acentos de la horrible

[Medea,
las estrellas se apagan en la llanura etérea;
como los ojos de Argos que ante la flauta de
[Hermes

se cierran uno a uno en el reposo eterno,
así al sentir su llegada y su poder secreto
desaparecen un *Arte* tras de otro, y todo
[es Noche.

¡Ved la *Verdad* que huye a su antigua
[caverna,

montañas de Casuística superpuestas sobre
[su cabeza!

La *Filosofía*, que antaño se apoyaba en el
[Cielo,
se reduce a su causa segunda y ya no existe.
¡La *Física* implora protección a la *Metafísica*
y la *Metafísica* llama en su ayuda a la *Razón*!
¡Ved al *Misterio* que se refugia en las

[*Matemáticas*!

¡Pero es en vano! Atónitos miran,
desvarlan y mueren.

La *Religión*, sonrojándose, vela sus fuegos
[sacros

y la *Moral* expira desprevenidamente.

No hay Llama *Pública* o *Privada* que se atreva
[a brillar;

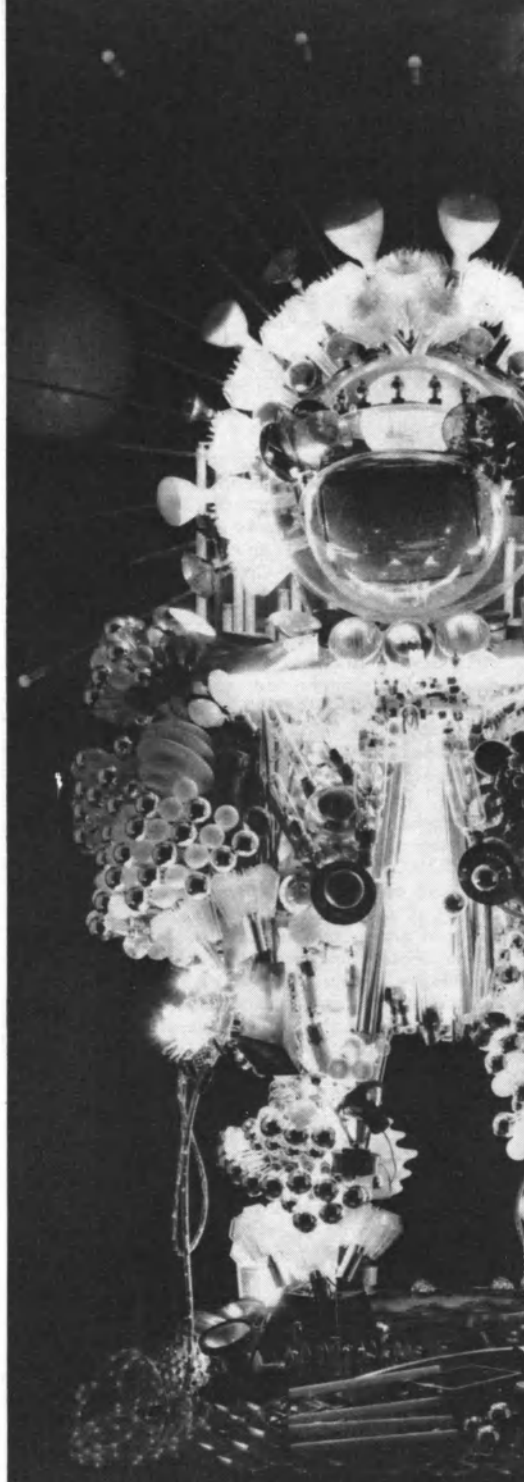
¡no queda Chispa *Humana* alguna, ni una
[Visión *Divina*!

He aquí, *Caos*, tu pavoroso Imperio

[restaurado;

la Luz muere ante tu palabra destructora;
tu mano, gran Anarquía, deja caer el telón
y la Tiniebla universal lo envuelve Todo.

Alexander Pope consideraba que una espesa niebla de tinta había caído sobre toda la conciencia humana en la época de Newton. Lo que Pope preveía parece constituir, mirando retrospectivamente, un progreso considerable en relación con el mundo que a su juicio se hallaba en disolución. En la época de las «videocassettes», en la que será posible marcar el número de un libro con la misma facilidad con que se telefona a un amigo, están a nuestro alcance formas de experiencia literaria totalmente nuevas. Nuestra tarea de hombres cultos radica en aprestarnos a afrontar esas innovaciones. ■



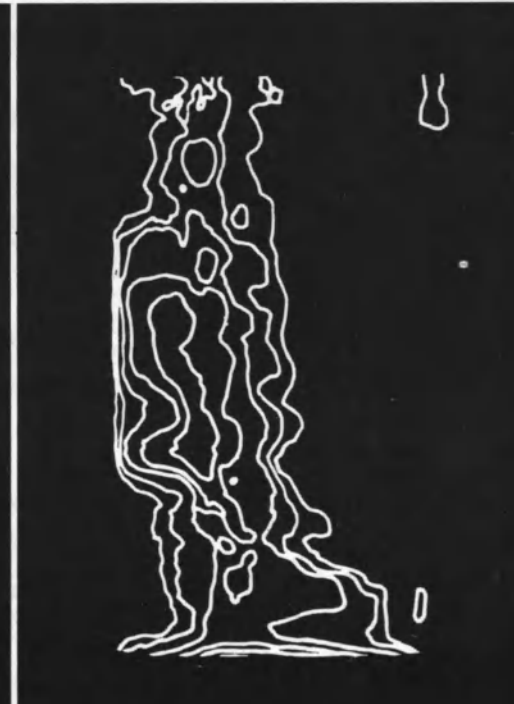
VER LOS SONIDOS Y ESCULPIR LA LUZ

Se ha llegado a afirmar que la biblioteca del futuro se caracterizará cada vez más por el empleo de los sistemas electrónicos de comunicación, utilizados ya actualmente incluso en las experiencias más insólitas. La grabación electrónica de las « huellas vocales », por ejemplo, permite identificar a



Foto Philips, París

una persona con la misma precisión que sus huellas digitales. Las seis grabaciones de la derecha representan las huellas vocales de la palabra *vous* (en francés, vosotros o vosotras, usted o ustedes) dicha por cinco personas, una de las cuales la pronunció dos veces (arriba a la izquierda y abajo a la derecha). En la fotografía superior, una escultura animada de luz, de ocho metros de altura, titulada « Cosmos — El Caballero del Espacio », realizada en París por Jeanne Renucci-Convers y que simboliza la información audiovisual en toda su complejidad.



Fotos Bell Telephone Lab. Inc.,
Murray Hill, Nueva York



Foto © Gérard Dufresne - Idea Focus, París

Arrancar los libros a la muerte

Antes del año 2000 será prácticamente imposible reparar totalmente las valiosísimas colecciones de las bibliotecas y archivos de Florencia destruidas por la inundación de 1966. Se trata de un millón de volúmenes y documentos entre los cuales figuran numerosos manuscritos e incunables. Pese a los esfuerzos gigantescos que se vienen realizando desde hace cinco años (arriba, un taller de limpieza y secado de documentos instalado en una antigua fábrica de tabaco), se necesitarán aun unos treinta años para reparar, página por página, tan inmensa cantidad de obras, que constituyen uno de los más preciosos patrimonios culturales de Italia. En respuesta al llamamiento que hiciera la Unesco para ayudar al gobierno italiano en esta empresa, la solidaridad internacional se ha manifestado de manera generosa. Con la colaboración de la Organización se está creando actualmente un centro internacional de restauración.

IMAGEN Y ESCRITURA

por **Alberto Moravia**

LA idea de que el libro y la palabra impresa están en decadencia proviene, en gran parte, del éxito de la imagen y de los medios de comunicación que se sirven de ella: el cine, la televisión, la publicidad, las historias ilustradas, los sistemas de señales de tránsito, etc.

Sin embargo, son al parecer pocas las personas que se han puesto a considerar que ese éxito de la imagen se debe, a su vez, al hecho de que se han incorporado a la historia moderna grandes multitudes por lo general analfabetas o recientemente alfabetizadas.

Es obvio que el analfabeto tiene una sensibilidad visual particular. El mundo entero constituye para él un vasto sistema de signos que debe interpretar y traducir continuamente. El origen mismo de la escritura, su lento paso de la reproducción del objeto al símbolo, demuestra que el hombre primitivo confía a la mirada las funciones que el hombre civilizado encomienda al oído. Por tanto, y en primer lugar, no se trata propiamente de una decadencia del libro sino de un éxito de la imagen, éxito alcanzado no entre quienes han leído siempre sino entre aquellos que, hasta ayer, no sabían leer todavía.

Si, como suponemos, tal es la verdad, habrá de producirse dentro de poco una decadencia progresiva de la imagen al mismo tiempo que un éxito del libro. En otros términos, a medida que sean alfabetizadas, las masas populares abandonarán el lenguaje primitivo y directo de la imagen por el lenguaje más elaborado e indirecto de la palabra impresa.

Por otra parte, el empleo de la imagen en el mundo moderno es enteramente distinto del que se hacía de ella en el mundo primitivo. En éste, la imagen constituía el comienzo de la comunicación; hoy día no es sino el retorno provisional a condiciones que

son, posiblemente, transitorias. El mundo moderno no se ha vuelto primitivo por la incorporación de las masas populares, sino que se halla temporalmente «primitivizado» por ellas. En suma, aun en el caso del tránsito del lenguaje de las imágenes al de la palabra impresa, volverá a producirse el fenómeno de la filogénesis repetido por la ontogénesis.

Demuestra tal vez la verosimilitud de esta hipótesis la inmensa difusión de las ediciones de bolsillo. Entre el libro tradicional y el libro de bolsillo la diferencia no es exclusivamente de calidad y de precio. En realidad, se trata de dos tipos de libros enteramente distintos. El libro tradicional correspondía y sigue correspondiendo a un contexto cultural sedimentado y orgánico que dura desde hace siglos. En cambio, el libro de bolsillo disemina, de una sola vez, en un terreno completamente virgen, los gérmenes de la cultura de todas las épocas y de todos los lugares. En unos pocos años se ha sumido, sin preparación alguna, a una humanidad recientemente alfabetizada en una cultura de treinta siglos.

El peligro radica en que esta cultura no sea asimilada sino amalgamada, reducida a fórmulas y a síntesis mediante una vasta operación sincretizante y aniquiladora, tras lo cual las multitudes quedarán en libertad de volver a la imagen, que será en lo sucesivo el único medio de comunicación. Y en este sentido parece orientarse el marxismo en China, que rechaza la cultura del pasado en su totalidad. Las inmensas masas populares chinas serían como una página en blanco en la cual puede escribirse lo que se quiera. Pero habrá que ver qué se escribe, finalmente, en esa página.

Por otra parte, desde hace algún tiempo parece que la imagen ya no da más de sí. Al permitir que el espectador la capte pasivamente, sin hacer el menor esfuerzo por interpretarla, la imagen termina siendo ella misma víctima de esa pasividad. Simplemente, los espectadores del cine o de la televisión no ven lo que se desarrolla ante sus ojos en la pantalla. O, si lo ven, no lo comprenden. La pasividad ha atrofiado su atención, ha provocado en ellos una distracción que linda con la ceguera. Ciertamente «ven» la señal que en una carretera indica la

existencia de una escuela, o al cowboy a caballo que dispara, pero en lugar de ver ya no hacen sino obedecer a un reflejo condicionado, siempre igual, que no permite la más mínima reflexión ni, por tanto, la mínima comunicación posible. Por lo demás, el propio Marshall McLuhan lo admite al decir que el medio de comunicación es el mensaje.

En suma, no hay prueba alguna de la decadencia del libro. Aun pasando por alto el hecho fundamental de que el libro nace de la naturaleza, es decir, de la facultad absolutamente humana y al mismo tiempo absolutamente natural de emitir palabras y organizarlas en un discurso, cabe señalar que el libro está formado por palabras que, en determinadas condiciones de creación poética, son «también» imágenes. Es decir, que entre la imagen sugerida por el libro y la imagen que aparece en una pantalla no hay una diferencia fundamental. Mejor dicho, la única, e importante, consiste en que la imagen de la pantalla no permite libertad alguna a la imaginación: no es sino lo que es.

EN cambio, lo que cabría es distinguir entre lectura y lectura, entre libro y libro. Hay libros que hacen de la lectura un mero ejercicio físico. Esos libros, escritos para el consumo, con un lenguaje y un contenido convencionales, no se leen en realidad, sino que se los recorre con la mirada: el lector, al pasar de una frase hecha a otra, de un lugar común a otro, tiene la impresión de haber leído, cuando lo único que ha hecho es constatar la existencia de un mecanismo verbal tan impenetrable como insignificante. La primera condición, pues, para que un libro sea verdaderamente «leído» es que esté verdaderamente «escrito». Si existe una decadencia del libro, ella no se debe al hecho de que las masas populares no lean, sino a que leen libros que no han sido «escritos» sino simplemente impresos.

Por tanto, el libro debe ser pensado, creado; de lo contrario no es un libro, hasta el punto de que el porvenir del libro depende de la capacidad poética, creadora, representativa e imaginativa de la escritura. El libro habrá de salvarse si se «escriben» los libros, y perecerá si nos limitamos a «imprimirlos». ■

ALBERTO MORAVIA, novelista y cuentista italiano, es una de las grandes figuras de la literatura mundial contemporánea. Desde la aparición de su primera novela *Los indiferentes* (1929), que escribió a la edad de veinte años, ha publicado cerca de treinta volúmenes de cuentos y novelas, algunas de las cuales, como *La romana*, *El conformista*, etc. han sido llevadas al cine. *Gran viajero*, es autor de estudios sobre la Unión Soviética, India, la República Popular de China, etc.

ELOGIO Y REIVINDICACION DEL LIBRO

por Alejo Carpentier

EL hombre, con su infinito ingenio, con su infinito poder de construcción y de destrucción, con su posición crítica eternamente despierta, inconforme, aficionado a ponerlo todo en entredicho, ha empezado a preguntarse, de pocos años a esta parte, si el libro (¿por qué no observa su asombrosa proliferación en el mundo?...) no es un instrumento de difusión de la cultura, ya ineficiente y llamado a ser sustituido por medios de información más directos, más conformes a sus posibilidades significantes, más completos y multi-perceptivos, ya que éstos asocian lo auditivo con lo visual, la música con la imagen y la palabra, con una insuperable rapidez de análisis de un caso, de un hecho, de un conflicto, que la letra impresa en tomo, en volumen, no podría alcanzar en cuanto a «inmediata actualización de su transcurso».

De ahí las perturbadoras y arbitrarias teorías favorecedoras de la tesis según la cual más poder tienen, culturalmente, el cine, la radio, el periodismo, la televisión, que más parecen hablarnos, informarnos, inquietarnos, en cincuenta minutos, una hora, una hora y media, que el libro, la novela, el ensayo que, nacidos de seis, siete años de trabajo, nos imponen —en

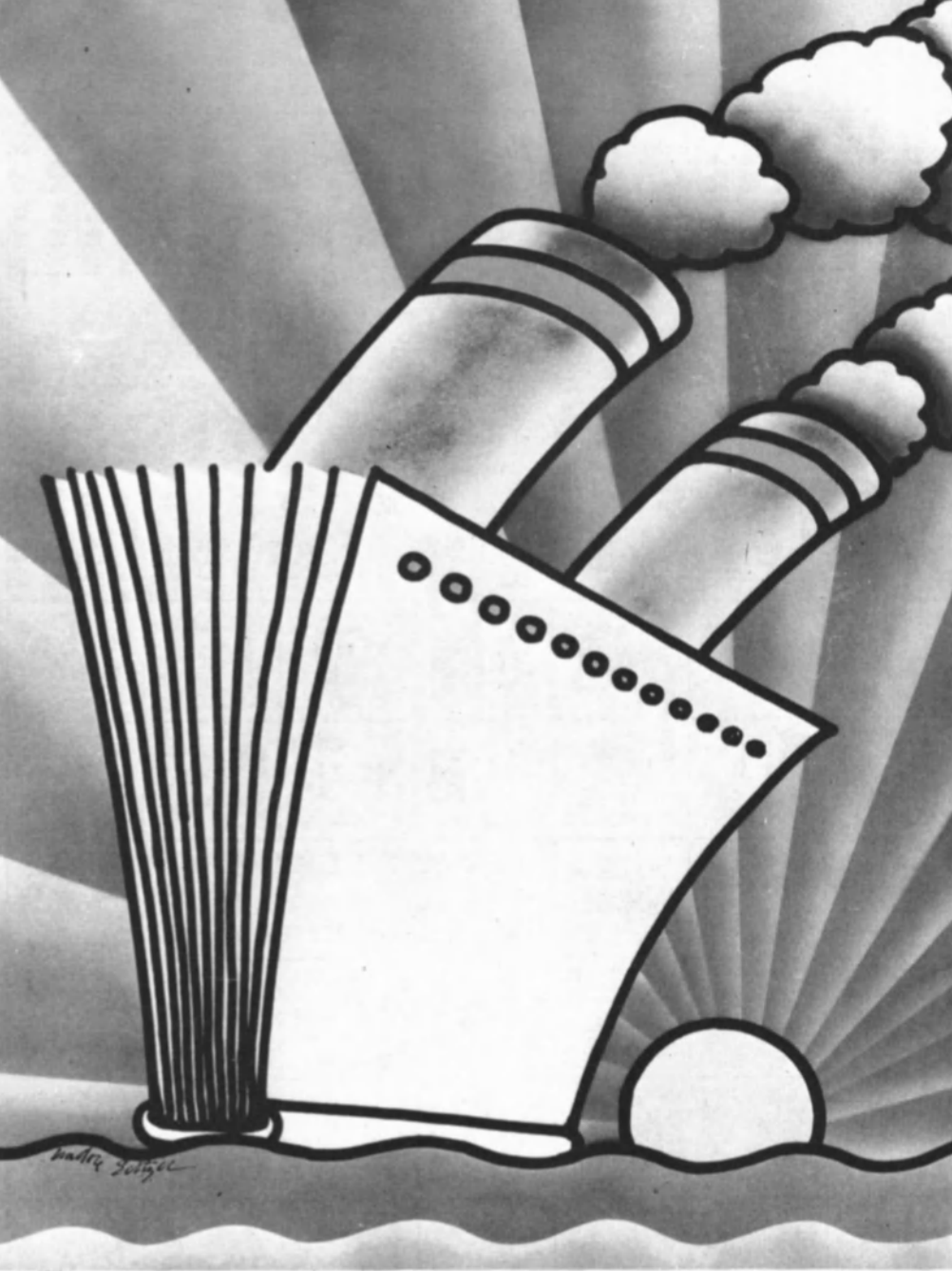
el tiempo que nos dejan nuestras ocupaciones cotidianas, nuestro panganar— una lectura y meditación de varios días. «Voire», como hubiese dicho Panurgo, lanzando sus borregos al inmenso mar de las hipótesis.

Los censores austeros, sin embargo, adoptan una posición distinta, criticando aficiones de este siglo que consideran, con sorprendente ignorancia, como *novedades*, fenómenos, manifestaciones, típicas del mal espíritu de la época que nos ha tocado vivir. Y, para comenzar por lo más sencillo para llegar a cuestiones mucho más complejas, consideremos las lamentaciones, los anatemas, lanzados por los miembros del Santo Oficio de una suerte de cultura, contra los «muñequitos» (así los llamamos en muchos países de nuestra América llamada *Latina*), las «tiras cómicas» a que tanto se han aficionado nuestros niños, y a que tanto nos hemos aficionado nosotros mismos, en muchos casos «personas mayores» sin niños, en estos últimos años. Pruebas se nos buscan, en esta boga de las tiras cómicas, de que las generaciones nuevas se están apartando de la lectura.

Pero demasiado olvidan quienes así razonan que las tiras cómicas —o sea, la narración de hechos, de acciones, mediante la sucesión de imágenes, precursora del cinematógrafo— se hallan ya perfectamente realizadas en técnica y espíritu en los Códices mexicanos referentes a la Conquista, que nos cuentan, por medio de escenas y figuras colocadas en su orden (por ellos sabemos cómo se vestía la Malinche, cómo se trajeaba Hernán Cortés) hechos históricos que determinaron el ocaso del imperio de los aztecas. ¿Y qué es la hermosa y larguísima Tapicería de Bayeux, sino una narración de la conquista de Inglaterra por los Normandos, mediante una técnica que es ya la de las tiras cómicas?...

El genial humorista suizo Töpffer inaugura en el siglo pasado con su *Doctor Festus* (1840) la tira cómica tal como hoy la entendemos. Todos los especialistas en la materia lo proclaman iniciador y maestro en el género. En 1889-1893, el francés Christophe, con su clásica *Famille Fenouillard*, prosigue el camino de Töpffer, sin olvidar la serie de *Le Sapeur Ca-*

ALEJO CARPENTIER, cubano, es uno de los grandes novelistas de nuestra época. Entre sus obras figuran *El reino de este mundo*, *Los pasos perdidos*, *El acoso*, *Guerra del tiempo* y *El siglo de las luces*, a más de diversos estudios de musicología y ensayos de crítica literaria. Fue durante varios años director de la Editora Nacional de La Habana y actualmente es Ministro Consejero Cultural de la Embajada de Cuba en París.



Dibujo © de Isidore Seltzer - New York Times

"Si tan noble se considera la invención del barco que lleva de un lugar a otro las riquezas y los placeres de la vida y comunica entre sí a las regiones más alejadas para que compartan sus diversos productos, cuánto más debe exaltarse a los libros que, como los navlos, atraviesan los dilatados mares del tiempo y permiten a los hombres participar de la sabiduría, las luces y los descubrimientos de las edades más remotas."

FRANCIS BACON

member (1890-1896), desde entonces famosa. Cuando yo era niño, antes de la Primera Guerra Mundial, existían en París, gozando de enormes tiradas, unos periódicos infantiles titulados *Le Petit Illustré*, *Cri-Cri*, *l'Intrépide*, *la Semaine de Suzette* (creador del personaje clásico de *Bécassine*), *l'Epatant* —con las inolvidables aventuras de los *Pieds Nickelés* de Forton (1908) que, con el tiempo, entraron en el panteón de su propia gloria.

En los mismos años, los niños ingleses se regocijaban con las aventuras y tribulaciones de Buster Brown y de su perro, que se remontan al año 1902. Y, hacia el año 1913, el genial Bud Fisher, en los Estados Unidos, inventaba los extraordinarios personajes de *Mutt and Jeff* (en América Latina: *Benitín y Eneas*) que se mantuvieron durante más de cuarenta años en las páginas de los diarios, entroncando, a través de las amarguras del *nuevo rico* de Geo McManus, de los maravillosos *Katzenjammer Kids* (en español: *Maldades de dos pilluelos*), de *Krazy Cat* (1923), *El Gato Félix*, de Popeye, con sus espinacas energéticas, con los Tarzanes, Superman, Terry

y los Piratas, Mandrake el Mago, que, con sus hazañas fabulosas, alimentaron una nueva mitología que aun nos acoge en las páginas de periódicos modernos...

Pero todo esto, señores austeros, informadores del Santo Oficio de la Cultura, no ha impedido la edición, reedición, traducciones múltiples, de Tolstoi, Pirandello, Thomas Mann, Marcel Proust, James Joyce, Hermann Broch (no quiero alargar una harto fácil enumeración de apellidos ilustres) a quienes el público medio del siglo pasado hubiese calificado de «autores difíciles», por no decir «ilegibles».

¿La ciencia-ficción? Es un género literario que ha existido siempre. Sus clásicos son Luciano de Samosata; el autor de un romance medioeval de Alejandro el Grande, que hace descender al héroe de su historia a las simas de los mares en una cápsula de cristal; Orlando Furioso que cruza un Océano a nado; Cyrano de Bergerac, con su viaje a la luna; Swift, el inagotable Swift, mucho más imaginativo en los últimos viajes de Gulliver que en los realizados en tierras de gigantes y de enanos; H.G. Wells, cuyos *Pri-*

meros Hombres en la Luna, *La Guerra de los Mundos*, *El Hombre Invisible*, *La Isla del Doctor Moreau*, fueron el alimento intelectual de mis trece años...

¿El folletín, periodístico, televisado? Folletines fueron los Libros de Caballerías, con Amadís de Gaula a la cabeza; folletines (¡y de los buenos!) los de Javier de Montepin, Emilio Gaboriau, Eugenio Sue, a comienzos del siglo XIX, hasta llegar a ese super-folletín (folletín con magníficas calidades literarias) que fue el de *Los Miserables*, de Victor Hugo, primer *best-seller* absoluto de la literatura mundial (un millón de francos-oro ganó su autor con ese libro), que sigue gozando de una inmensa aceptación en todo el ámbito de habla hispánica hasta el extremo de que a los «lectores de tabaquerías» o lectores públicos de las manufacturas de puros y cigarrillos cubanos, plebiscitos de oyentes solicitan periódicamente una nueva audición de la historia de Jean Valjean. El folletín, como lo vemos hoy en las pantallas de la televisión, no hizo el menor daño al desarrollo de la portentosa obra de Balzac, ni puso trabas a los amagos poéticos pre-surrealistas

SIGUE A LA VUELTA

del Víctor Hugo de la vejez, ni a la difusión lenta pero tan universal como segura de Baudelaire y de Rimbaud...

Emilio Zola, después de la gloria inigualada del autor de *Hernani*, fue el segundo autor de *best-sellers* de Europa, en espera de Tolstoi, sin olvidar a Dickens, más tardío en cuanto a difusión. Y no debe olvidarse que si la maestría de Zola llega a sus cimas en *Nana*, en *La Taberna*, en *Germinal*, este gran escritor había iniciado su carrera con libros como *Teresa Raquin* y *Los Misterios de Marsella* que en poco se diferenciaban de los peores folletines que vemos hoy en las televisiones de estos mundos.

¿Y quién inmortalizó, difundió, hizo traducir, lo que había de grande y auténtico en un Zola, desechando lo trivial y desperdiciable? El público lector. Como el público del cine contemporáneo ha sabido olvidar los espantables dramones que —con Francesca Bertini, Gustavo Serena, Itala Almirante Mancini, Hesperia, etc— nos ofrecían, a principios de siglo, las firmas Cines de Roma y *Ambrosio* de Milán, para quedarse, en fin de cuentas, con las inagotables grandes películas —me refiero a las obras de madurez— de un Chaplin. En el público se ha desarrollado un sentido crítico que, si bien aprecia las ventajas informativas, recreativas, instructivas incluso, de los *mass-media*, es cada vez más adicto al Libro —escribo «libro» con intencionada mayúscula.

Porque el Libro, pese a las especulaciones y musarañas de esos «extractores de quintas esencias» —como los hubiera llamado Rabelais— gana cada día nuevos favores, nuevas posiciones, nuevos adictos, en el público.

Hay, para darse cuenta de ello, un hecho clave que, por su elocuencia propia, convencería a un niño que no hubiese pasado, en cuanto a cultura, de las aventuras de Tarzán o de Mickey Mouse: las firmas editoras proliferan en todas partes de modo asombroso. Y el editor es hombre que vive y prospera a base de esa mercancía extraña, ingrata, poco rentable, aparentemente, que es el libro. Mercancía ingrata porque su producción implica una inversión a largo plazo con un resultado problemático: gastar dinero en la publicación de un autor nuevo o desconocido que, a lo mejor, dentro de un año o dos habrá cubierto sus gastos de impresión, si es que los cubre. El editor, para prosperar, tiene que organizar una red de distribución, cuidar de su publicidad, tratar de imponer a la atención del transeunte distraído el título de una novela, de un libro de poesía o ensayos, calzado con el membrete de su razón social.

Todo esto implica preocupaciones ignoradas por el comerciante de otra índole, que ofrece al público artículos de uso cotidiano. La lectura, en cierto modo, es un lujo: el más personal de los lujos. El libro se compra con el dinero que sobra, cuando ya se ha gastado aquello que era necesario para



El fin del imperio azteca: historieta ilustrada de hace cuatro siglos

El Lienzo de Tlaxcala (a la izquierda) es una verdadera historieta ilustrada sobre la conquista de México por los españoles y el fin del imperio azteca. Los dibujos fueron ejecutados probablemente hacia 1560, es decir, casi un siglo después de los sucesos que describen, por artistas indígenas del pueblo tlaxcala. Este precioso documento se conservó en la alcaldía de la ciudad del mismo nombre, de donde

Tlaxcallã



desapareció en 1867; actualmente sólo subsisten facsímiles del mismo en la Biblioteca Nacional de París. En el frontis del lienzo se reproducen el águila de dos cabezas del Emperador Carlos V y su blasón, rodeados de numerosos signos y personajes. La narración gráfica comprende 80 imágenes, algunas de las cuales figuran en esta página. Arriba a la derecha: caciques indígenas de Tlaxcala reunidos en consejo. En los dos dibujos siguientes, Hernán Cortés y la Malinche, su amiga indígena que le servía de intérprete, reciben regalos. A la derecha, la décima secuencia de esta "película" constituye un auténtico acertijo rico en detalles: Cortés, a caballo, guiado por un indio, avanza hacia México por la "gran calzada" que pasa frente al volcán Popocatepetl; entre su cabalgadura y el volcán, tres estacas simbolizan las trampas tendidas por el adversario; hay un perro que escolta a los guerreros indios; al final del camino, la ciudad de Chalco.



Una incomparable "meditación a solas"

la adquisición de *lo demás* —es decir: de lo diariamente imprescindible.

Y, sin embargo, observemos el panorama editorial del mundo. Sin hablar de Francia, Alemania, Inglaterra, etc., países de vieja tradición al respecto, en los días de mi infancia las empresas editoriales existentes en América Latina apenas si llegaban a pasar en número aquel que pudiera contarse con los dedos de las dos manos. Existían *impresores*, desde luego. Impresores que, mediante el pago de una suma determinada, publicaban (nunca a más de 2.000 ejemplares) un libro debido a la tarea de un eminente profesor, de un poeta ya famoso, de un ensayista dado a conocer por los periódicos. Y, una vez hecha la edición, tenía el autor que recogerla por su cuenta y repartirla personalmente a las librerías, donde el tomo era acogido con displicencia cuando no con hostilidad («—Bueno... Déjeme diez ejemplares... Pero le advierto que la producción nacional se vende muy poco...»), quedándose generalmente, al cabo de tantos trabajos y sinsabores, con un millar de ejemplares invendidos que iban a parar al sótano o al desván de su casa, condenado a un olvido que a veces —muy pocas veces— era reparado por la curiosidad retrospectiva de una generación futura que descubría un precursor, de pronto, en nuestro pobre autor fenecido sin pesares ni glorias. (Exceptuemos el éxito continental, excepcional, de un Rubén Darío... pero recordemos, también, lo poco entendida que fue la todavía insuperada grandeza de un César Vallejo cuando aun lo teníamos entre nosotros...).

La actitud del público ante el libro, por lo demás, ha variado en el mundo entero (no me refiero desde luego a los países subdesarrollados donde no puede hablarse de un «público lector» por el hecho elemental de que una inmensa masa de seres humanos, allí, no sabe leer ni escribir...). Como cada cual extrae sus observaciones y conclusiones de alguna experiencia propia, pienso en la generación de mi padre, de mi abuelo, tenidos, en su época, por gentes superiormente cultas.

¿En qué consistía su cultura? En la necesaria para ejercer decorosamente y a veces con verdadero talento la práctica de una profesión —mi abuelo abogado, mi padre arquitecto... Estaban al tanto de cuanto pudiera perfeccionarlos, ayudarlos, en el cumplimiento de sus respectivas actividades.

Pero... ¿por lo demás? Eran hombres cultos, tenidos por muy cultos en el medio de hombres, muy cultos también, en el cual se desenvolvían. Pero... ¿en qué consistía su cultura? En ser doctos en humanidades. Conocían a sus clásicos griegos, latinos, medioevales, a los autores de los distintos Siglos de Oro —español, francés, inglés...—, del

romanticismo alemán y de la literatura del siglo XIX y de la que les era contemporánea. En sus conversaciones barajaban inteligentemente los nombres de Balzac, de Flaubert, de Zola, de Dostoyevski, de Tolstoi, de Ibsen, de Galdós, de Pio Baroja y, desde luego, de muchos poetas cuyos nombres, en muchos casos, están ya olvidados. Tenían algunas nociones de filosofía. Sabían mucho de historia. En otros terrenos habían leído, desde luego, a Darwin, Haeckel, Le Bon, Renan, Taine, Emerson, pero de manera esporádica y sin mayor persistencia.

Por lo demás, para ellos, la filosofía era terreno dejado a los filósofos (gente de una actividad bastante difícil de definir, si hemos de estar de acuerdo con un regocijado ensayo de Raymond Queneau); la arqueología era cosa de arqueólogos; la sociología, cosa de sociólogos; las ciencias, cosas de científicos. Y en cuanto a la política... oh, en cuanto a la política: «Juegos de manos, juegos de villanos», decía mi abuelo... Anatole France, esteta, *dilettante* de la filosofía, de la política, de todo; autor de «vidas de santos» en quienes no creía, verdadero *touche-à-tout* como diría un francés, fue, no hay que olvidarlo, el maestro de toda una generación representativa de una época.

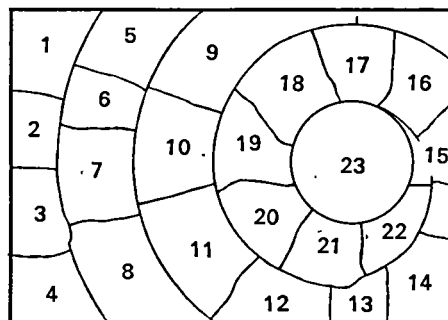
Hoy, asomémonos a los escaparates de una librería en París, en Londres, en Buenos Aires, en México, en La Habana, donde se quiera. Allí, las novelas están situadas en nivel de igualdad con el libro que trata de las excavaciones realizadas en Sumer, en la Isla de Creta, en algún lugar de México o del Perú; todos los hombres de mi generación han leído a Freud, a Jung, a Lacan (y quiero hacer la lista breve); han leído a Marx, a Engels, a Gramsci, a Lukacs; hay libros de filosofía que, en estos últimos años, resultaron verdaderos *best-sellers*; la cibernética, las ciencias, la astronáutica (nuevas formas de la ciencia-ficción, pero esta vez con hombres de verdad que ponen el pie en la luna) apasionan a todo un público.

Las colecciones se multiplican: monografías artísticas cada vez menos costosas; vidas de compositores, historias de la música, tratados de organografía *ad-usum-delphini* (todo esto ayudado por el disco); política, historia contemporánea, sociología viviente, exploraciones, conocimientos del planeta, estructuralismo, Lévi-Strauss, etc., etc. (1). El público lector crece de día en día, en cuanto a curiosidad, deseo de enterarse, poder de asimilación, anhelo de acceder a zonas del pensamiento que ayer le eran ignoradas...

(1) Un humorista francés decía recientemente que las grandes estrellas de la época eran James Bond y el Reverendo Padre Teilhard de Chardin.



Fotos 1, 2, 3, 5, 6, 8, 10, 13, 14, 20, 21, 22 © Roger Viollet, París. Foto 17 © Roger Viollet-SPADEM. Fotos 11, 12, 19 © René-Jacques, París. Foto 9 © Armand Colin, París. Foto 15 © National Periodical Publications, Nueva York. Foto 16 © Tate Gallery, Londres. Foto 7 © SPADEM, París.



Y con ello no se sorprendan ustedes de que si los editores del siglo pasado (salvo en los casos excepcionales de un Victor Hugo o de un Zola) tiraban un libro de literatura —peor aún si era de filosofía o sociología— sobre una base de 2.000 ejemplares, hoy las tiradas de 20.000, 30.000, 50.000 y hasta de 100.000 son hechos corrientes. Y, por lo pronto, no conozco un editor en Europa o en América Latina que, desde hace treinta años, se haya declarado en quiebra: prueba de que «el negocio rinde» —como suele decirse. Y rinde, porque hay lectores. Lectores para quienes los *mass-media*



Esta constelación de retratos de autores y de ilustraciones de libros no evoca sino una parte mínima del torbellino de lecturas, de la vorágine de libros a la que se ve arrastrado un público lector que, como escribe Alejo Carpentier, crece día a día en su "anhelo de acceder a las zonas del pensamiento que ayer le eran ignoradas."

1. Herbert George Wells. 2. León Tolstói. 3. Ramón del Valle Inclán. 4. Ilustración de Granville para *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift. 5. Arthur Rimbaud, por Verlaine. 6. Carlos Marx. 7. César Vallejo, por Picasso. 8. Fedor M. Dostoyevski.

9. Ilustración de Christophe para *La Famille Fenouillard*. 10. Victor Hugo. 11. Una página manuscrita de *Los endemoniados* de Dostoyevski. 12. Ilustración de *El lirio del valle* de Balzac. 13. Luigi Pirandello. 14. Ilustración de *Nuestra Señora de París* de Víctor Hugo. 15. Superman, por Joe Shuster. 16. Ilustración de William Blake para *La Divina Comedia* de Dante. 17. Marcel Proust, por J.-E. Blanche. 18. Ilustración de Granville para *Los viajes de Gulliver*. 19. Dibujo de Víctor Hugo. 20. Pío Baroja. 21. Gavroche, héroe de *Los Miserables* de Víctor Hugo. 22. Ilustración de *Papá Goriot* de Balzac. 23. Ilustración de Gustavo Doré para *Orlando Furioso* de Ariosto.

no compensan la incomparable «meditación a solas», frente a la página impresa, que constituye la lectura de un libro.

A ello podrá responderse que subsiste el terrible problema de los países subdesarrollados, donde enormes masas de seres humanos son incapaces de escribir su propio nombre en una hoja de papel. Pero esto atañe ya a otro problema, problema de educación intensiva y masiva que tiene que plantearse desde el momento en que el niño pronuncia las primeras palabras de su idioma. Y ese problema no se resuelve con libros más o menos, ni

tiene *La Divina Comedia* papel que desempeñar, por ahora, donde la posesión de un puñado de arroz o de un mendrugo de pan es la cuestión que debe resolverse hoy mismo, sin dilaciones que suelen ser motivo de vergüenza para los hombres de nuestra época. Pero ese problema lo conocen todos, aunque algunos se hayan hecho el innoble propósito de ignorarlo. Ahí la ecuación no se define en términos de cultura, de lecturas, sino de sistemas.

Si hay hambre de lectura —es totalmente cierto— en los países desarrollados, hay, no tan lejos, hambres de

otro tipo que excluyen, por fuerza, las hambres de lectura... Y ante esto, no desempeñemos el papel burlesco de la noble dama de Proust que, durante la guerra de 1914-1918, tenía, como máxima preocupación, la de que su panadero le entregara, cada mañana —a pesar de las restricciones impuestas al consumo de ciertas materias primas— los bizcochos que eran el adorno y encanto de su desayuno tomado prudentemente antes de la lectura de un periódico que hubiese podido traerle malas noticias sobre la posición de los ejércitos aliados en los frentes. ■

A la derecha, los niños de la aldea lacustre de Ganvié (Dahomey), en Africa Occidental, camino de la escuela. Al tomar el «autobús» escolar, que en este caso es una canoa, transportan sus preciosos libros sobre la cabeza. Uno de los mayores obstáculos para incrementar la producción de libros en los países en vías de desarrollo es la escasez de papel de imprenta: la producción local es insuficiente y faltan las divisas necesarias para importarlo del exterior. El aprovechamiento del papel usado podría ser una manera de remediar la escasez de papel, al mismo tiempo que contribuiría a preservar los recursos forestales y a disminuir la contaminación. En la otra fotografía, bobinas de cartulina fabricada a partir del papel usado.



Foto Bernheim - UNICEF

Los libros y la juventud en el Tercer Mundo

por Y. V. Lakshmana Rao

VARIAS veces, a lo largo de mi vida, el fin del mundo ha sido anunciado por una u otra secta religiosa de deterministas. Algunos han llegado incluso a repartir todos sus bienes. Si yo poseyera acciones en alguna editorial, tal vez procedería a venderlas, pues la muerte del libro está siendo anunciada ahora por los sostenedores del determinismo tecnológico.

Nosotros, habitantes de los países en vías de desarrollo, que aun no hemos participado plenamente en todo cuanto puede ofrecer la vida, tenemos interés en que el libro prosiga su

existencia. También nos interesan los medios de comunicación (de los cuales el libro forma parte) como instrumentos para la transmisión de los conocimientos acumulados y de la información más reciente a las nuevas generaciones.

Cabe preguntarse si es forzoso escoger entre los diversos medios de comunicación o si podemos emplear simultáneamente los medios antiguos y los modernos, en la medida en que nuestros recursos lo permitan. O, dicho de otra manera, si debemos apostar todo a un sólo número, el de la imprenta o el de la electrónica, y plantearnos la cuestión fundamental de los medios de comunicación oral.

Ningún estudioso que haya tratado sistemáticamente este problema ha propuesto hasta ahora ni el abandono de los antiguos medios ni la introducción exclusiva de los nuevos a cualquier precio. Y esto es verdad tanto en los países en vías de desarrollo como en los países industrializados donde la imprenta ha tenido que competir desde hace varios deca-

nios con los medios más modernos de comunicación. Los años de experiencia y de investigación en esas sociedades han demostrado que los medios de difusión no se aniquilan mutuamente y que no pueden suplantarse unos a otros enteramente, sino que, como la suegra y la nuera proverbiales, deben aprender a convivir y, de un modo general, a vivir de manera confortable, a condición de que sean capaces de adaptarse a las nuevas circunstancias y, desde luego, de asumir su nueva función complementaria y suplementaria.

Si en ese proceso el libro, por ejemplo, se convierte en «no-libro» o si la televisión llega a ser más informativa e instructiva de lo que es actualmente, tanto mejor. Pero no tenemos certeza de lo que pueda suceder.

La realidad de los países en vías de desarrollo no permite correr los riesgos inherentes a las suposiciones (y tal vez a la novelaría), por justas que puedan llegar a ser. Las posibilidades de que esas suposiciones sean erróneas no sólo son muy

Y. V. LAKSHMANA RAO, especialista hindú en materia de grandes medios de información, es director del Centro Asiático de Investigaciones y de Información sobre los Medios de Comunicación de Masas, de Singapur. De 1965 a 1969 perteneció a la División de Desarrollo de los Medios de Información, de la Unesco. Ha sido subdirector del Instituto de Prensa de la India, en Nueva Delhi, y adjunto del Instituto de Investigaciones sobre la Comunicación, de la Universidad de Stanford (Estados Unidos).



Foto © Unilever Ltd., Londres

grandes sino que en tal caso el precio sería demasiado alto para que esos países puedan pagarlo.

Esto no significa negar que los medios de información más recientes puedan desempeñar un papel considerable en los esfuerzos de dichos países con miras a su desarrollo general. Pero los recursos de que probablemente podrán disponer en mucho tiempo harán indispensable que en esas sociedades lo fundamental de las tareas de almacenamiento y obtención de la información se limite a la imprenta, a pesar de la aparición de los medios electrónicos.

El libro tendrá que seguir suministrando la información y los conocimientos que necesita el ciudadano corriente para tomar parte en los cambios que se producen en torno a él. Y esto es especialmente válido en lo referente a los jóvenes, que constituyen la base humana de las revoluciones características de los países en vías de desarrollo.

Desgraciadamente, la revolución en la esfera de la comunicación no es la única revolución que tiene lugar actualmente en esos países. Las revoluciones por las cuales ha pasado el mundo occidental—política, industrial, social y técnica—están ocurriendo hoy día, *todas juntas y al mismo tiempo*, en las sociedades en desarrollo. Pero esas revoluciones tienen que ser conducidas por personas con una experiencia y unos conocimientos relativamente menores, con mayor

urgencia y con recursos mucho más limitados.

Añádase a esto que, además de sus propias revoluciones, esas sociedades han de hacer frente, gracias a la revolución en materia de comunicación, al desarrollo tecnológico y de otra índole que tiene lugar en los países de Occidente. La hipótesis de que el mundo entero tiende a convertirse en una «aldea planetaria» entraña cierta verdad en la medida en que los acontecimientos, ideas y problemas de Occidente repercuten en las naciones en vías de desarrollo.

Sin embargo, no sería realista imaginar que ese internacionalismo sea para mañana. Nuestro deseo sería crear lo contrario, pero con ello estaríamos confundiendo el sueño con la realidad. En efecto, parece que una de las necesidades esenciales de las sociedades en desarrollo es justa o equivocadamente, el fomento de un sentido de la nacionalidad como requisito para la construcción de una nación. Los dirigentes de los países en desarrollo están actualmente dedicados a inculcar ese sentimiento nacional a sus pueblos, al mismo tiempo que se ocupan de la tarea mayor de crear la «aldea planetaria» participando en coloquios internacionales.

Los países en desarrollo tienen generalmente que hacer frente a la existencia de aldeas sumamente reales, con una gran mayoría de analfabetos, que carecen de la información y de los conocimientos necesarios

para el desarrollo y que están lejos de poseer las nociones básicas esenciales para la modernización.

Por otra parte, los jóvenes relativamente más educados de las ciudades se encuentran en una especie de limbo, lo cual crea un gran malestar en ellos y en la sociedad a la que pertenecen. Esos jóvenes no experimentan un fuerte sentimiento nacional ni se sienten verdaderamente internacionales. El problema que se plantea a los dirigentes es el de inculcar a los jóvenes ese sentido de participación que necesitan antes de ocupar el lugar que les corresponde en la sociedad. Para lograrlo, es obvio que *deberían* tener un conocimiento adecuado de esa sociedad, de su historia y de su cultura.

Si los medios modernos de comunicación están destinados a desempeñar un papel importante en esta transmisión de la información y de los conocimientos, la cuestión ineludible es saber si esos países van a depender de los medios de que disponen ahora o a esperar que los medios modernos alcancen el grado de desarrollo necesario para hacer frente a las necesidades nacionales. Sabemos que los «anales de una sociedad», que antes eran de carácter oral, han pasado generalmente a ser impresos. Los países en desarrollo se encuentran en esta etapa. Saben que los analess impresos están a su disposición *ahora*. Saben también que gracias a dichos analess las genera-

Los jóvenes creen firmemente en el futuro del libro

ciones jóvenes pueden familiarizarse con la historia y la cultura de sus pueblos, al igual que las generaciones que las precedieron.

Las ventajas de la imprenta y de los libros son demasiado conocidas para que nos ocupemos de ellas. Los impresos pueden proporcionar los conocimientos necesarios en el momento en que los jóvenes están preparados para recibirlos y cuando están dispuestos a consultar esos anales de que hablamos. Ese momento es ahora. Más concretamente, el material impreso se «consume» cuando una persona quiere hacerlo, y con la comprensión de que es capaz.

Sabido es también que los medios electrónicos modernos, en razón de la indole misma de sus limitaciones, no ofrecen la ventaja de poder ser utilizados en cualquier momento o lugar. En esta etapa de su desarrollo, los procedimientos electrónicos carecen asimismo de la profundidad necesaria para una comprensión más cabal de muchas técnicas complejas de los procesos de producción o de los problemas humanos de la sociedad.

POR tales razones, los dirigentes no están dispuestos a sacrificar las ventajas que ofrece actualmente la acumulación de conocimientos que pueden transmitirse mediante la imprenta a las posibilidades hipotéticas de los medios modernos, cuya capacidad para transmitir los conocimientos de manera más rápida y efectiva aun no ha sido demostrada y tendrá que ser demostrada más allá de cualquier duda, sobre todo si se tienen en cuenta los ingentes gastos que requieren.

Cabe notar, además, que si la era de la electrónica está suplantando a la era de la imprenta en los países industrializados, existen vastas zonas en el resto del mundo donde la imprenta aun no ha alcanzado su pleno desarrollo.

También debe señalarse que esos países se encuentran todavía en la etapa de la «cultura oral» y están aun «tribalizados». Si el problema de los países desarrollados consiste en «retribalizar» al hombre, ¿qué decir de los países que ni siquiera se han «destribalizado» todavía? Nos referimos a sociedades en las que ni aun los jóvenes se sienten comprometidos, manteniéndose de espectadores inactivos a pesar de la existencia de una «cultura oral» que los rodea.

Se ha considerado que esta situación se debe a los males inherentes a la era de la imprenta, pero cabe preguntarse si la introducción directa de una era electrónica que ya no recurra a la imprenta logrará una

forma diferente de «tribalización» que conduzca al compromiso, a la participación y a la acción.

Es verdad que en los países industrializados el advenimiento y el desarrollo espectacular de la televisión han dado origen a la idea generalizada de que este fenómeno va a asecar el golpe fatal que convertirá al libro en una reliquia del pasado y conducirá al mundo a una civilización de la palabra y del gesto. Pero pronto el impacto y el desarrollo iniciales de la televisión descendieron a un nivel más razonable y para la mayoría de la gente es obvio que el libro habrá de sobrevivir.

La edad de la imprenta, por cuyo fin se han escrito en otros países prematuras oraciones fúnebres, aun no ha alcanzado toda su plenitud en las sociedades en desarrollo. Cuando el libro haya completado su misión, si llega a hacerlo, y esté dispuesto a transferir sus funciones a los nuevos medios de comunicación, tal vez esas sociedades se resignen a aceptar la muerte de la imprenta.

Sin embargo, ésta no da aún señales de envejecimiento: el libro no ha alcanzado todavía todo su potencial y precisamente ahora los responsables de su creación y de su crecimiento se ocupan de los problemas relacionados con la crianza de tal «criatura».

La mayor parte de ellos pertenecen, en realidad, a la juventud relativamente más educada de esas sociedades y tienen una visión propia del porvenir. No son meramente lectores de libros, sino autores de ellos. Y saben que si quieren ampliar su propio sentido de la participación y del compromiso, es por intermedio de la imprenta como podrán expresarse y multiplicar su mensaje a un público más vasto. Los medios electrónicos no pueden ofrecerles esas ventajas, puesto que están limitados por el carácter mismo de su transmisión y por los controles a los que están sometidos sin remedio. En los países en vías de desarrollo, son invariablemente los gobiernos quienes los explotan y controlan.

Esos jóvenes saben también que pueden adquirir el conocimiento de sus culturas así como de otras culturas en los libros existentes en bibliotecas a las cuales tienen acceso y en las que pueden encontrar con mayor facilidad la información concreta que buscan. Las estadísticas sobre la frecuentación de las bibliotecas demuestran de manera concluyente que la mayor parte de los lectores son gente joven.

Estas pruebas sobre el consumo de materiales impresos no se limitan a los países en vías de desarrollo. En cierto modo, es verdad que el sistema de enseñanza y la edad en la

que se adquiere la experiencia educativa dentro de la estructura formal, influyen en las cifras relativas al uso de los medios de comunicación.

Pero ¿cuál es la alternativa, especialmente en los países en desarrollo, en los que la imprenta constituye el único medio disponible de información? Debe recordarse, además, que los dirigentes de muchas de esas sociedades no quieren ni pueden imponer a la juventud los materiales de la televisión producidos en países de cultura sumamente distinta de las suyas, por grande que sea el interés que tales dirigentes tengan en alcanzar la ciudadanía de la «aldea planetaria». Su preocupación inmediata la constituyen sus propias aldeas reales, donde los jóvenes crecen a menudo sin adquirir siquiera el sentimiento de integrar una «aldea nacional».

Además de su contacto con los libros en la escuela, la biblioteca y el hogar, esos jóvenes son fervorosos usuarios de los medios electrónicos cuando están a su alcance. Ellos saben que esos medios son recíprocamente complementarios y suplementarios, así como saben que sus padres o maestros no son los depositarios de toda la sabiduría. Contemplan por un momento alguno de esos medios de información y vuelven a todos los otros medios de que pueden disponer.

Por desgracia, su opción es relativamente limitada en los países en que viven. Lo poco que aprenden gracias a uno de esos medios deben completarlo con lo que logran obtener en los otros. Hoy día comprenden que mientras las técnicas audiovisuales pueden mantenerlos informados hasta cierto punto, deben volver a buscar en los libros el aprendizaje profundo, cuando tienen deseos de hacerlo.

TAL vez mañana les sea posible aprender mucho más de los medios audiovisuales, pero eso queda para un futuro incierto. Sus problemas son problemas de hoy, como los de sus padres eran problemas de ayer.

Para esos jóvenes, los medios humanos de comunicación han existido desde tiempos inmemoriales, la imprenta también existe desde tiempo inmemorial, los medios audiovisuales no son accesibles por ahora sino para unos pocos afortunados y quizá en el futuro tengan acceso a ellos muchas personas más. Pero el libro está presente en su vida por todas partes: estuvo a su alcance ayer, pueden disponer de él hoy día y les seguirá siendo accesible en el futuro.

Esos jóvenes no ven en el horizonte el amanecer de una televisión universal ni el empleo generalizado de las computadoras, mucho menos la muerte del libro. ■

LIBROS RECIBIDOS

- **Biografía**
por Félix Grande
Seix Barral, Barcelona, 1971
- **La novela española actual**
por José Corrales Egea
Cuadernos para el Diálogo,
Madrid, 1971
- **Acerca de Ortega**
por Julián Marías
Revista de Occidente,
Madrid, 1971
- **Bibliografía de Ortega**
por Udo Rukser
Revista de Occidente,
Madrid, 1971
- **El verano de Juan «El Chino»**
por Claudio de la Torre
Revista de Occidente,
Madrid, 1971
- **Informe sobre la información**
por Manuel Vázquez Montalbán
Editorial Fontanella, Barcelona, 1971
- **De Teotihuacán a los aztecas**
Fuentes e interpretaciones históricas
por Miguel León-Portilla
Universidad Nacional Autónoma
de México (UNAM),
México, 1971
- **Historia y pensamiento económico**
de México
por Diego G. López Rosado
UNAM, México, 1971
- **La paz precaria.**
De Versailles a Dantzig
por Modesto Seara Vázquez
UNAM, México, 1971
- **Historia de Oriente**
por Pedro Bosch Gimpera
UNAM, México, 1971
- **Problemas estructurales**
del subdesarrollo
por Alonso Aguilar Monteverde
UNAM, México, 1971
- **La inteligencia en el universo**
por Roger A. MacGowan
UNAM, México, 1971
- **Introducción a la modernidad**
por Henri Lefebvre
Editorial Tecnos, Madrid, 1971
- **Más allá de la clase dirigente**
por Suzanne Keller
Editorial Tecnos, Madrid, 1971
- **Introducción a la etnografía**
por Marcel Mauss
Ediciones Istmo, Madrid, 1971
- **La década de Jruschov**
por Isaac Deutscher
Alianza Editorial, Madrid, 1971
- **Revolución y tradición**
en África Negra
por Fernando Morán
Alianza Editorial, Madrid, 1971
- **Sobre arte y cultura**
por León Trotsky
Alianza Editorial, Madrid, 1971
- **Relatos**
(dos volúmenes)
por Alberto Moravia
Alianza Editorial, Madrid, 1971
- **Historia de la Universidad**
española
por Alberto Jiménez
Alianza Editorial, Madrid, 1971
- **Diccionario de la música**
por Manuel Valls Gorina
Alianza Editorial, Madrid, 1971

LATITUDES Y LONGITUDES

Ferias en el Año Internacional del Libro

Aumenta sin cesar la lista de ferias previstas para el Año Internacional del Libro. Entre las de carácter internacional hay algunas ya tradicionales, como las de Francfort, Varsovia, Tokio, Bolonia, Bruselas y Niza. Hay otras más recientes como la Bienal Internacional del Libro de São Paulo, celebrada por primera vez en agosto de 1970 y que tendrá lugar por segunda vez en 1972. A éstas se añadirán otras, entre las que se destaca la que se celebrará en Nueva Delhi, del 22 de enero al 6 de febrero de 1972, y que será la primera de su género en la India.

Margaret Mead recibe el Premio Kalinga

La célebre antropóloga norteamericana Margaret Mead es la primera mujer que recibe el Premio Kalinga para la divulgación de la ciencia, que le fue entregado el pasado mes de diciembre por el señor René Maheu, Director General de la Unesco. Margaret Mead es autora de obras muy conocidas, entre ellas *Coming of Age in Samoa*, basada en su convivencia con los habitantes de ese archipiélago de Oceanía, *Male and Female*, *Culture and Commitment*, que es un estudio sobre la distancia entre las generaciones, y *Rap on Race*, un diálogo con el escritor negro norteamericano James Baldwin. El Premio Kalinga, consistente en 1.000 libras esterlinas, es otorgado anualmente por un jurado internacional, con el patrocinio de la Unesco. Entre las personalidades que lo han recibido hasta la fecha figuran Louis de Broglie, Sir Julian Huxley, Augusto Pi Suñer, Konrad Lorenz, Bertrand Russell y Jagjit Singh.

Ayuda para el desarrollo industrial de Cuba

Suecia acaba de aportar la suma de 2.280.000 dólares para la realización de un proyecto de ayuda al desarrollo industrial de Cuba, en el que participa la Unesco. Esta donación, así como la ayuda y el material técnicos que suministra la Unesco, permitirá al gobierno cubano establecer un

instituto técnico de electrónica industrial para la formación de más de 2.000 especialistas y técnicos. Con esta nueva aportación asciende a más de 12 millones de dólares la ayuda prestada por Suecia a diversos países en los últimos seis años, en el marco del programa del Fondo Fiduciario de la Unesco.

Un millón de refugiados africanos

En el último decenio un millón de africanos se han refugiado en el extranjero a raíz de los trastornos ocurridos en sus países. Las Naciones Unidas acaban de publicar, bajo el título de *As They Came in Africa* (en francés, *Asile en Afrique*, Ed. Seghers, París), un libro de fotografías que muestra la ayuda que la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados está prestando a esas personas sin hogar a fin de que puedan reconstruir su vida.

En comprimidos

- **La industria papelera de Suecia recuperó durante el año de 1970 unas 350.000 toneladas de papel usado.**
- **El 80 por ciento de las emisiones de televisión en la Samoa norteamericana (Pacífico del Sur) están dedicadas a programas de enseñanza escolar y de educación general.**
- **Los cinco autores más traducidos en todo el mundo en 1969 fueron Lenin (290 obras), Julio Verne y Georges Simenon (126 cada uno), Shakespeare (102) y la escritora de literatura para niños Enid Blyton, según el último volumen del repertorio internacional de traducciones que publica la Unesco bajo el título de Index Translationum.**
- **En la República Federal de Alemania la mayoría de las personas (60%) prefieren enterarse diariamente de las noticias por medio de los periódicos, el 18% por la televisión, el 13% por las revistas y el 8% por la radio.**
- **La Unión Soviética ha adoptado medidas especiales para la explotación racional y la preservación de los recursos naturales del Lago Baikal, en Siberia.**

NUEVOS PRECIOS DE "EL CORREO DE LA UNESCO"

El aumento constante de los costos de producción y de distribución de las publicaciones periódicas que se ha registrado en los últimos años nos obliga a modificar de nuevo el precio de venta de "El Correo de la Unesco", tanto en lo que atañe a las suscripciones como al número suelto.

Recordamos a nuestros lectores que, a partir de este número, los precios de la revista son los siguientes:

NUMERO SUELTO España : 26 pesetas
SUSCRIPCION ANUAL España : 260 pesetas

Para los otros lectores europeos que se interesen en la edición española los precios son:

NUMERO SUELTO : 1,70 francos franceses
SUSCRIPCION ANUAL : 17 francos franceses

Los nuevos precios en otras monedas los comunicarán a los suscriptores los agentes de ventas de las publicaciones de la Unesco. En la medida de lo posible, se indican en la lista de esos agentes incluida en este y en sucesivos números.

Los lectores nos escriben

RESPUESTAS AL RACISMO

En nombre del Movimiento contra el Racismo y el Antisemitismo y por la Paz presento a ustedes las más sinceras felicitaciones por el número de *El Correo de la Unesco* de noviembre de 1971, dedicado a la lucha contra el racismo. Magníficamente ilustrado y escrito en una forma accesible a los lectores de las diversas capas de la población, ese número constituye una notable contribución a la lucha contra todas las formas de discriminación y de prejuicio racial. Su mensaje en favor de la fraternidad entre todos los hombres causará, a no dudarlo, una impresión duradera y profunda en la juventud.

Albert Lévy
Secretario General del Movimiento
contra el Racismo y el Antisemitismo
y por la Paz, París

LA UNESCO VISTA POR UN JOVEN

Estoy suscrito desde hace un año a *El Correo de la Unesco* y quiero expresar mi profundo entusiasmo por la feliz idea de haber dedicado el número de agosto-septiembre de 1971 a una serie de artículos del estudiante canadiense Wayne McEwing sobre la Unesco. El autor nos dice en qué consiste esta organización con la visión profunda y sincera de la juventud y, nutriéndose del espíritu de la Unesco, lanza un magnífico mensaje que será asimilado por millares de jóvenes del mundo entero. El artículo de McEwing demuestra la inquietud de la juventud que aspira a que el hombre esté en armonía con el mundo y expresa la preocupación de los jóvenes por los problemas internacionales, todo ello dicho con un lenguaje honesto y universal.

Paulo Meneses Leite
Aracaju, Brasil

POR UNA UNIVERSIDAD INTERNACIONAL

La idea de crear una universidad internacional, propuesta por el Secretario General de las Naciones Unidas (véase *El Correo de la Unesco* de mayo de 1971, «Latitudes y longitudes») abre nuevos horizontes de paz y progreso a la humanidad. Esa universidad de las Naciones Unidas puede constituir la mejor manera de superar la dolorosa realidad del presente en el cual las oportunidades de la enseñanza superior se cierran, injustamente, por razones de raza, de ideas políticas o de creencias religiosas, a seres humanos dotados de capacidad intelectual. Por ello, considero que todas las personas de buena voluntad del mundo entero deben brindar su apoyo moral y material a fin de que ese hermoso proyecto se convierta en realidad.

Alberto de los Toyos
La Habana, Cuba

UN GENERAL POR OTRO

Recientemente he tenido oportunidad de leer el número de *El Correo* dedi-

cado a la juventud (abril de 1969). Me parece excelente: en él se dicen muchas cosas sobre los jóvenes que habrían debido expresarse hace mucho tiempo, aunque no se pone de relieve el hecho de que los diversos grupos de edad son interdependientes y constituyen la base de la continuidad de la vida.

Permítanme, sin embargo, señalarles el error en que han incurrido en el pie de la fotografía de la página 11, al indicar que la estatua es la efigie del general Ulysses S. Grant. En realidad, se trata del monumento al general John S. Logan, general y político de la Guerra Civil, que fundó el Gran Ejército de la República.

Lloyd Brady
Rotary International
Evanston, EUA

EL PROBLEMA MUNDIAL DE LA CONTAMINACION

El Correo de la Unesco constituye una valiosa fuente de información para nuestra publicación *Your Environment*, y en nuestro número de la primavera de 1971 hemos dejado constancia de ello.

El número de julio de 1971 de *El Correo*, que incluye el Mensaje de Menton, es del mayor interés, como lo es su impresionante portada. Tranquiliza observar cómo en una revista en la que confluyen tantos grupos de intereses diferentes se pueden tratar de manera franca las cuestiones que nos conciernen a todos. Los problemas locales resultan insignificantes si se los compara con el problema mundial de la contaminación, que está poniendo en peligro la existencia misma de la vida sobre la tierra. Si todos nos comprometiéramos a trabajar por el bienestar de todos en nuestro planeta, acaso lograríamos que la comunidad mundial se encaminara al fin que nos proponemos: su supervivencia y su plenitud.

Walter C. Patterson
Director de *Your Environment*
Londres

ENSEÑAR A LOS CIEGOS

Quizá les interese saber que desde que se publicó en *El Correo de la Unesco* el artículo «Los niños ciegos descubren el mundo» (número de mayo de 1971), he recibido cartas procedentes de todo el mundo.

Al parecer es muy grande el interés que existe por los nuevos métodos de educación de los ciegos. Las cuestiones que mayor curiosidad han despertado son las relativas al Termoform, a los mapas geográficos y a nuestro método de enseñanza de la escritura.

Elisabeth D. Freund
Overbrook School for the Blind
Filadelfia, EUA

EL AMOR A LOS NIÑOS

Quiero expresar mi apoyo sin reservas al lector que propone que *El Correo de la Unesco* dedique un número a

poner de relieve la necesidad de amar a los niños (véase el número de junio de 1971). En él podría tratarse de los héroes y heroínas de todos los países y de todos los tiempos que han dado muestras de amor a los pequeños. Un magnífico ejemplo sería el del sacerdote seglar, calígrafo y poeta japonés Ryokan San.

Sakuichiro Kanae
Tokio, Japón

¿UN SUEÑO UTOPICO?

Por casualidad —mejor dicho, gracias a una campaña publicitaria— ha llegado a mis manos el número de *El Correo de la Unesco* de noviembre de 1970, en el que Philip Noel-Baker afirma: «Si existiera un tratado de desarme general, resultado de una transacción entre los proyectos de tratado de Jrushov y de Kennedy, el mundo gozaría hoy de una paz que nada vendría a quebrantar».

Yo amo la paz tanto como el autor del artículo, pero quizá convenga aquí recordar un proverbio aprendido en la infancia: «Si mi abuela no hubiera muerto, viva estaría». Del mismo modo, si los hombres no existieran, no combatirían. Pero desgraciadamente —o afortunadamente, como quieran ustedes— los hombres existen y casi desde la cuna misma están dispuestos a batiarse con sus uñas, sus puños y sus pies, así como con su inteligencia.

Por favor, librennos ustedes de la necesidad de los fabricantes de utopías.

Y. Chabrier
Colombes, Francia

MANOS ELECTRONICAS

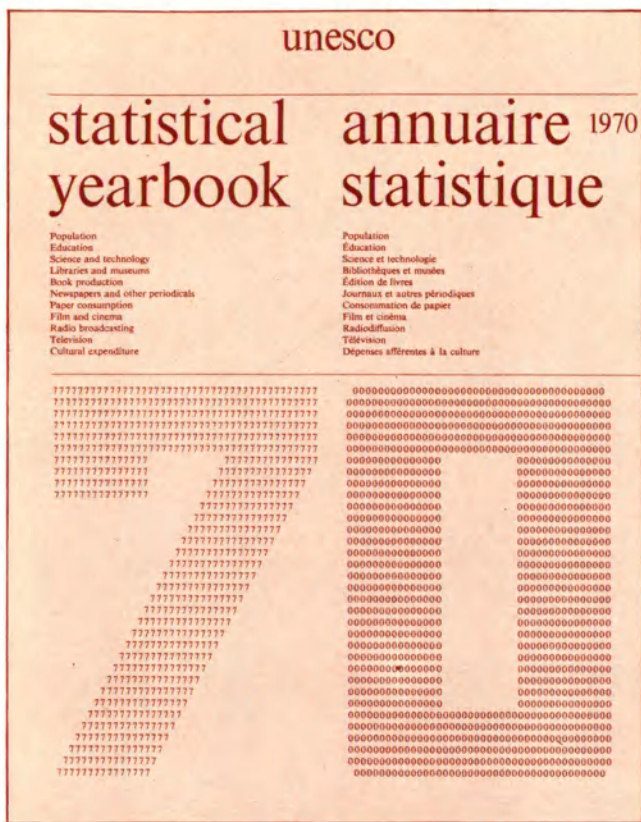
Para ilustrar el artículo titulado «Evitemos entrar en el futuro a ciegas», *El Correo de la Unesco* publica en su número de abril de 1971 la fotografía de una prótesis fabricada en la Unión Soviética, que imita los movimientos del brazo y de la mano.

En realidad, esa fotografía fue tomada para ilustrar el empleo de manos electrónicas y de aparatos mioeléctricos especialmente concebidos en el Instituto de Rehabilitación de Montreal (Canadá) y, en particular, para demostrar las diversas etapas del proceso de perfeccionamiento de la prótesis fabricada originalmente en la Unión Soviética y adquirida por el Instituto de Rehabilitación en 1964.

El mecanismo original concebido en la URSS fue modificado en diversos aspectos. Sobre la base de la experiencia clínica, se incorporó el conjunto de alambres a la cavidad que forma el antebrazo. Se mejoró la eficacia y seguridad del aparato y se aumentó la comodidad para su manejo por parte del paciente.

Este sistema se ha ensayado en los últimos cuatro años con unos 60 pacientes, habiendo quedado demostrada su eficacia.

G. Gingras
Director Ejecutivo del Instituto
de Rehabilitación de Montreal
Canadá



Acaba de aparecer

La octava edición del *Annuaire statistique de l'Unesco -Unesco Statistical Yearbook-1970* contiene innumerables datos recogidos en el mundo entero (más de 200 países y territorios) y relativos en particular a:

- la edición de libros
- los diarios y otras publicaciones periódicas
- las bibliotecas y los museos
- el consumo de papel
- la televisión y la radiodifusión
- el cine
- los gastos destinados a la cultura
- la educación
- la ciencia y la tecnología
- la población

Este volumen bilingüe (francés e inglés), de 786 páginas, ha sido preparado con la colaboración de las comisiones nacionales de la Unesco y de los servicios nacionales de estadística y con el concurso de la Oficina de Estadística y de la División de la Población de las Naciones Unidas.

En pasta : 140 francos franceses; 35 dólares
En rústica : 116 francos franceses; 29 dólares

Para renovar su suscripción y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de ésta. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país, y los precios señalados después de la dirección de los agentes corresponden a una suscripción anual a «EL CORREO DE LA UNESCO».

★

ANTILLAS HOLANDEAS. C.G.T. Van Dorp & Co. (Ned. Ant.) N.V. Willemstad, Curaçao, N.A. (Fl. 5,25). — **ARGENTINA.** Editorial Losada, S.A., Alsina 1131, Buenos Aires. — **ALEMANIA.** Todas las publicaciones: Verlag Dokumentation Postfach 148, Jaiserstrasse 13, 8023 München-Pullach. Para «UNESCO KURIER» (edición alemana) únicamente: Vertrieb Bahrenfelder-Chaussee 160, Hamburg-Bahrenfeld, C.C.P. 276650. (DM 12). — **BOLIVIA.** Librería Universitaria, Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Chuquisaca, Apartado 212, Sucre. — **BRASIL.** Fundação Getulio Vargas, Serviço de Publicações, Caixa postal 21120, Praia de Botafogo 188, Rio de Janeiro, GB (Crs.20). — **COLOMBIA.** Librería Buchholz Galería, Avenida Jiménez de Quesada 8-40, Apartado aéreo 49-56, Bogotá; Distribuidores

Ltda., Pío Alfonso García, Carrera 4a 36-119 y 36-125, Cartagena; J. Germán Rodríguez N. Oficina 201, Edificio Banco de Bogotá, Girardot, Cundinamarca; Editorial Losada, calle 18 A Nos. 7-37, Apartado aéreo 5829, Apartado nacional 931, Bogotá; y sucursales: Edificio La Ceiba, Oficina 804, Medellín; calle 37 Nos. 14-73, Oficina 305, Bucaramanga; Edificio Zaccour, Oficina 736, Cali. — **COSTA RICA.** Librería Trejos S.A., Apartado 1313, Teléf. 2285 y 3200, San José. — **CUBA.** Distribuidora Nacional de Publicaciones, Neptuno 674, La Habana. — **CHILE.** Editorial Universitaria S.A., Casilla 10 220, Santiago. — **ECUADOR.** Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, Casilla de correo 3542, Guayaquil. — **EL SALVADOR.** Librería Cultural Salvadoreña, S.A., Edificio San Martín, 6a Calle Oriente No. 118, San Salvador. — **ESPAÑA.** Todas las publicaciones incluso «El Correo»: Ediciones Iberoamericanas, S.A., Calle de Oñate, 15, Madrid 20; Distribución de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Vitrubio 16, Madrid 6; Librería del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Egiptacas 15, Barcelona. Para «El Correo» solamente: Ediciones Liber, Apartado 17, Ondárroa (Vizcaya) (260 ptas). — **ESTADOS UNIDOS DE AMERICA.** Unesco Publications Center, P.O. Box 433, Nueva York N.Y. 10016 (US \$5.00). — **FILIPINAS.** The Modern Book Co., 926 Rizal Avenue, P.O. Box 632 Manila. D-404. — **FRANCIA.** Librairie de

l'Unesco, 7-9, Place de Fontenoy, 75-Paris 7^e, C.C.P. Paris 12.598-48 (17 F). — **GUATEMALA.** Comisión Nacional de la Unesco, 6a Calle 9.27 Zona 1, Guatemala (Quetzal 3,20). — **JAMAICA.** Sangster's Book Stores Ltd., P.O. Box 366; 101, Water Lane, Kingston. — **MARRUECOS.** Librairie «Aux belles images», 281, avenue Mohammed-V, Rabat. «El Correo de la Unesco» para el personal docente: Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabidine, Rabat (CCP 324-45). — **MÉXICO.** Editorial Hermes, Ignacio Mariscal 41, México D. F. — **MOZAMBIQUE.** Salema & Carvalho, Ltda., Caixa Postal 192, Beira. — **NICARAGUA.** Librería Cultural Nicaragüense, Calle 15 de Setiembre y Avenida Bolívar, Apartado N° 807, Managua. — **PARAGUAY.** Melchor García, Eligio Ayala 1650, Asunción. — **PERU.** Únicamente «El Correo»: Editorial Losada Peruana, Apartado 472, Lima. Otras publicaciones: Distribuidora Inca S.A. Emilio Alchous 470, Lince, Casilla 3115, Lima. — **PORTUGAL.** Dias & Andrade Lda., Livraria Portugal, Rua do Carmo 70, Lisboa (Esc.105). — **REINO UNIDO.** H.M. Stationery Office, P.O. Box 569, Londres. S.E.I. (£1,30). — **REPUBLICA DOMINICANA.** Librería Dominicana, Mercedes 49, Apartado de correos 656, Santo Domingo. — **URUGUAY.** Editorial Losada Uruguaya S.A., Librería Losada, Maldonado 1092, Colonia 1340, Montevideo. — **VENEZUELA.** Librería Historia, Monjas a Padre Sierra, Edificio Oeste 2, N° 6 (Frente al Capitolio), Apartado de correos 7320-101, Caracas (Bs. 20).

Lee primero los mejores libros,
pues de lo contrario corres el
riesgo de no leerlos nunca.

Henry David Thoreau

Los libros sirven para
cerrar las heridas que las
armas abren.

José Martí

El libro es como
el agua, que por
doquier se abre
paso.

Proverbio ruso

¿Quién enseña y
no habla? El
Libro.

Aforismo africano

Quien deja pasar tres días
sin leer siente que su pala-
bra ha perdido el sabor y
que hasta su rostro se vuelve
odioso.

Huang Ting-tchien

